La Barca
Provincia de
Leon

860.82
Sp24
v.416
416.1

Fr. LUIS DE LEON,

REMOTE STORAGE

EL SIGLO Y EL CLAUSTRO.

Melodrama

EN CUATRO ACTOS Y EN DIFERENTES METROS

POR

José de Castro y Orozco.

MADRID.

IMPRENTA DE D. JOSÉ MARÍA REPULLÉS.

1837.

Leopoldo Ayala Fernandez

Mauricio Fernandez 1668

11-14=3

INTERLOCUTORES.

El Marqués de Mondejar, *Alcaide mayor de la Alhambra.*

Don Diego Hurtado de Mendoza. } *Sus hermanos.*
Doña Elvira. . . . . }

Don Luis Ponce de Leon (*en el claustro el Maestro Leon.*)

Doña García, *Dueña de la casa de Mondejar.*

Tristan, *Escudero de la misma.*

El Padre Prior de los Agustinos de Salamanca.

Dos Estudiantes.

Una Beata.

Un Alguacil con su ronda.

Soldados, Religiosos y Estudiantes.

La accion se supone en la Alhambra de Granada, y en el convento de San Agustin de Salamanca, años 1543 y 1544.

..... Cuando tan jóven
asi el corazon se aleja
del mundo real; cuando osado
hasta el cielo asi se acerca,
es que la tierra le enoja,
porque padece en la tierra.

(Don Diego Mendoza, *Acto* 1.°, *Esc.* 6.ª)

Este Melodrama es propiedad del Editor, quien perseguirá ante la ley al que le reimprima.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa la habitacion de don Diego de Mendoza en la Alhambra de Granada: al frente una puerta de entrada, por la que se descubre el famoso patio llamado de los Leones: á la izquierda un gabinete cerrado que se abre á su tiempo: á la derecha otra puerta que comunica con lo interior de la Alhambra: una mesa con libros, esferas &c. Doña Elvira aparece sentada junto á ella, con un cuaderno en la mano, en el que lee atentamente. Se levanta de pronto, deja aquel sobre la mesa, y dice repitiendo lo que ha leido.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ELVIRA.

"Quien de dos claros ojos
»y de un cabello de oro se enamora,
»compra con mil enojos
»una menguada hora,
»un breve gozo que sin fin se llora."
No hay ya duda, corazon: *Representando.*
no es un amor de la tierra
el que en el pecho se encierra
del misterioso Leon.
El su espíritu sublima
á la region celestial,
y el caduco bien mortal
cual polvo vil desestima.
Pero ¿qué me importa á mí
adivinar sus efectos?
¿Qué interpretar los conceptos
que es esos versos leí?
Curiosidad debe ser:
curiosidad, lo repito;

sigamos, que no es delito
ser curiosa una muger.

Vuelve á tomar el cuaderno, y lee.

"Quien tiene en solo vos atesorado
»su gozo, y vida alegre, y su sonsuelo,
»su bienaventurada y rica suerte,
»cuando de vos se viere separado,
»¡ay! ¿qué le quedará sino es recelo,
»y noche, y amargor, y llanto, y muerte?"
¡Cómo asi! ¿don Luis altivo *Representa.*
elogiar deidad terrestre?
Al fin temo que me muestre
amor en él su cautivo.
Sigamos, que no es razon
saber que don Luis adora
y no la gentil señora
que mereció su atencion. *Sigue leyendo.*
"Alma divina, en velo
»de femeniles miembros encerrada,
»cuando veniste al suelo,
»robaste de pasada
»la celestial riquísima morada.
»¡Ay tristes! ¡ay dichosos
»los ojos que te vieren! huyan luego
»si fueren poderosos,
»antes que prenda el fuego
»contra quien no valdrá ni oro ni ruego."
¡Qué ternura! ¡Cuánto amor
esas estancias descubren!
Pero ¿por qué siempre encubren
el ídolo inspirador?
Por vida vuestra, don Luis,
hablad, responded, que es mengua
que esté quieta asi la lengua
cuando tanto amor sentis.
¿Presumís tener poder
para ocultarlo sagaz?
¡ay! que siempre es perspicaz
el ojo de la muger.
Sois ingenio á quien aclama

España por su portento,
y el triunfo sobre el talento
mucho envanece á una dama.
Mas ¿qué dije? ¿qué ilusion
cruzó rápida mi mente?
¿por qué causa de repente
palpitaste, corazon?
Sufre pues: deja ocultar
á don Luis ese secreto,
que cuando calla el discreto
discrecion será callar.

Deja el cuaderno otra vez sobre la mesa.

ESCENA II.

DOÑA ELVIRA. DOÑA GARCÍA: esta entra por la puerta de enmedio, con saya mongil, y un rosario en la mano.

DOÑA GARCÍA.

¡Jesus! ¡Jesus! ¡mi señora!
¡cómo vengo de cansada!
Por imposible ya tuve
haber de llegar á casa.
¡Qué Zacatin, y qué calle
de los Gomeres! Mañana
no haya miedo que yo quiera
bajar para ver las cañas.
Ni por pienso, no señor;
aunque supiera que estaban
mas lucidas que las hechas
cuando vino doña Juana.

DOÑA ELVIRA.

Descanse mi buena amiga:
¡cómo suda!

DOÑA GARCÍA.

Sí; muy cara
compré la satisfaccion
de conocer al de Austria.
¡Es tan galan! ¡tan cortés!

Faccion por faccion retrata
al señor emperador
su padre: todas las damas
"¡qué mancebo, se decian,
»qué presencia tan gallarda!"
Los nobles, los venticuatros,
los cabildos, los garnachas,
los corchetes, las libreas,
la gente de guerra, salvas,
el estruendo de clarines,
el ruido de las campanas,
todo publicaba á voces
que era su alteza el que entraba.
Pues ¿y el marqués mi señor
con su cruz y su bengala
al frente de los ginetes
sobre el caballo esmeralda?
Ya se ve: hoy es un dia
de gozo para Granada:
entra don Juan con su gente
de vuelta de la Alpujarra
triunfante en fin de esos perros
de moriscos. ¡Pues no pasma
ver, señor, que todavía
no quieran dejar su habla,
ni asistir á misa, ni
abandonar sus usanzas,
ni de nuestra santa fé...
¡Perros! ¡perros! ¡oh qué rábia!
¡qué grandemente decia
aquel padre Torquemada
cuando predicó al cabildo
el sermon de accion de gracias!
"Son enemigos de Dios;
»pues sin piedad..." Pero, aguarda,
¿no me escuchabais, señora?
¡Si pareceis una estátua!

DOÑA ELVIRA.

Proseguid, doña García; *Saliendo de su distraccion.*
os escucho.

DOÑA GARCÍA.

Cosa es clara:
¡muy buen modo de escuchar!
Tener la cabeza baja
y los ojos por el suelo,
y... sobre que veces varias
se lo he dicho á mi señor:
yo no sé para qué paga
ni escudero ni doncellas,
ni os compra joyas y galas.
Padeceis melancolías;
siempre encerrada en la Alhambra,
siempre tras esos librotes
que don Diego tanto ensalza,
y en saliendo él á la calle,
sus, doña Elvira á su estancia.
Digo, cuando apenas quince
contareis: yo sé la causa,
la sé muy bien, doña Elvira.

DOÑA ELVIRA.

¡Cómo! Decid. *Sobresaltada.*

DOÑA GARCÍA.

No es estraña
vuestra tristeza tampoco;
otro tanto me pasaba
teniendo yo vuestra edad:
los años corren cual agua,
y el buen marqués mi señor
no recuerda que su hermana
es casadera. Despues
tambien esa vil canalla
de moriscos... ¡Seis lugares
y dos villas incendiadas...
los gastos, la guerra, el dote...
todo, señora, es la causa:
pero á bien que todavía
sois muy niña, una muchacha
por cierto. El señor marqués
de los cuarenta ya pasa,
y como enviudó sin hijos...

Don Diego segun su traza
será soltero perpetuo;
de modo que la inmediata
del estado de Mondejar,
sus villas y casas llanas,
es doña Elvira... Por eso
nunca faltará un Moncada,
un Pimentel, un La-Cerda...
y á honra mucha; que es alhaja
la doncella que se llevan:
humilde como unas malvas,
donosa, discreta, limpia;
unos ojillos que matan:
¿y honesta? como ninguna:
que es mi celo quien la guarda,
y buena soy... ¿devaneos?
sí: primero me enterraran.
Pues poco el señor marqués
ante ayer de esto me hablaba.
Presente estaba don Luis.

DOÑA ELVIRA.

¿Quién, don Luis?

DOÑA GARCÍA.

¿Por qué os espanta?
El al fin es vuestra sangre:
su abuela doña Brianda
de Mendoza, que casó,
si no estoy equivocada,
con el alcaide de Velez
Lope de Leon y Vargas,
siempre trató como primo
á vuestro abuelo; y no haya
miedo de que en estas cosas
don Iñigo se engañara.
Sí: como el credo sabia
de Castilla y de Navarra
los linages, y si vienen
de bastardo los Abarcas;
si los Velas son traidores,
si deben llevar los Laras

lambeles sobre el escudo,
si la cimera y las barras
piden en campo de gules
quinas ó estrellas de plata;
si... Luego, como tambien
el señor marqués le llama
su pariente, y es amigo
y ha estudiado en Salamanca
con don Diego, y le consulta
sobre esa historia que acaba
de escribir de los moriscos...
Por supuesto es mucha alhaja
el tal Ponce de Leon:
¡qué modesto con las damas!
¡qué callado! ¡qué sentencias!
vaya, si es cosa que pasma:
¿y sus trovas? cuando de ellas
el señor don Diego habla,
es cansarse y no acabar:
ni el marqués de Santillana,
ni Garcilaso. Si dice
que es el portento de España...

DOÑA ELVIRA.

¿Eso cuenta?

DOÑA GARCÍA.

Todo el mundo
á una voz asi le llama:
¡lástima que ese mancebo
con tanto ingenio, no haga
libros de caballerías!
Entonces, sí... mas su escasa
fortuna no le permite
emprender obras tan árduas:
y merced á su buen tio
el canónigo Losada,
que con su ayuda de costa
le sostiene; que su casa
á la muerte de su padre
quedó bastante atrasada,
y al fin segundo. Por eso

tanto se aplica y afana,
con su Aristóteles siempre,
siempre su atencion fijada
en esas filosofias;
¿llega agosto? á Salamanca:
¿viene junio? pues me vuelvo;
y siempre estudia y repasa...
¿y para qué? para ser
despues de desdichas tantas,
ó canónigo, ó cronista,
ó alcalde de Goatemala,
ó qué sé yo. Y gran fortuna
que el señor marqués le ampara,
y es su pariente, y podrá
en la corte... bien lo alcanza
el tal mi señor don Luis,
que no sale de la casa,
y con don Diego y con vos
siempre tan atento... ¡vaya! *Mirando adentro.*
¿Pues no es el señor marqués
y don Luis quien le acompaña?

DOÑA ELVIRA.

¿Don Luis dijisteis?

DOÑA GARCÍA.

El mismo.
¡Jesus, y qué adusta cara
su escelentísima tiene!
Con don Diego es con quien habla
mi señor.

DOÑA ELVIRA.

Vámonos presto:
estoy tan desaliñada...

DOÑA GARCÍA.

Vámonos, sí: ¿qué sé yo?
hablarán de sus batallas,
de sus leyes... sus disputas:
el uno elogia las armas,
el otro dale á las letras:
ya se acercan: nuestra sala
nos espera, mi rosario:

¡ay qué perdicion! mis gafas. *Se le caen, y las recoge.*

ESCENA III.

EL MARQUES. DON DIEGO. DON LUIS.

MARQUES.

Pues esto, y no mas, pasó:
escucha atento, don Diego;
el acuerdo sale, y luego
á su aposento entro yo.
"Vuecelencia, bien venido..."
dije, y sin ir adelante,
"cuidad que hablais á un infante,"
respondióme desabrido.
"¿Infante sois? Vive Dios"
repuse "que no sé ley
»para que no os llame el rey
»y os llameis infante vos."
El enojo se acrecía,
y terciando alli el de Bejar,
con Salar y Campotejar
salí de Chancillería:
Que si no... Voto á Luzbel
que Mondejar le enseñara
á que cortés platicara
con un grande como él.
A la sazon vi llegar
la ciudad con sus maceros,
y la inquisicion sus fueros
alegaba para entrar.
Promovióse en su razon
contienda de preferencia;
dió el arzobispo sentencia
y amenazó escomunion.
Os encuentro á mi salida,
y al decirte mi suceso
le llamas, hermano, esceso,
y me enojas por tu vida.

DON DIEGO.

No te incomodes, marqués,
que si no recuerdo mal,
solo dije que imperial
de don Juan la sangre es.
Hijo nació de don Cárlos,
y hombres de menos provecho
cual infantes de derecho
vi á los reyes declararlos.
Es el de Austria valiente;
concluyó la civil guerra,
y Felipe mucho yerra
en tratarle displicente.

MARQUES.

¿Eso dices? Á un Bernardo,
á un Cid parece ofendí;
y quien defiendes aquí,
es un mísero bastardo.

DON DIEGO.

Hermano...

MARQUES.

Calla: no arguya
tu boca temeridad,
que real es mi calidad
si imperial juzgas la suya.
Alcaide en la Alhambra soy,
y general en Granada,
pago á ginetes soldada,
y ante el rey cubierto estoy.
¿Qué mas que yo hacer pudiera
ese preciado doncel?
diéranme el mando que á él,
y al moro tambien venciera.

DON DIEGO.

Hermano, si asi te dejo...

MARQUES.

Basta ya, que me enojaste:
¿en qué crónica encontraste
ese menguado consejo?
De docto y de historiador

te da renombre la pluma;
déjame á mí que presuma
entender puntos de honor.

ESCENA IV.

DON DIEGO. DON LUIS.

DON DIEGO.

Marqués, oye... Nada... en vano:
raptos de su genio son,
y despues, quizá perdon
venga á pedir á su hermano.
Tocaron á su nobleza,
y en este punto severo,
acepta morir primero
que dar á don Juan alteza.

DON LUIS.

Siempre fue de un alma fuerte
ese carácter indicio.

DON DIEGO.

Sí, que adulando de oficio
hay quien ensalzá su suerte.
Mas volvamos al Parnaso
desde este siglo de escoria:
os digo que en nuestra historia
sois segundo Garcilaso.
Sabroso rato me disteis
con vuestra dulce poesía:
¡qué pasion! ¡cuánta armonía!
¿dónde ese gusto adquiristeis?
Mucho adelantado habeis
en vuestras obras, don Luis;
y si ese vuelo seguis,
Horacio nuestro sereis.

DON LUIS.

Señor...

DON DIEGO.

Dejad que mi lengua

os tribute esta alabanza:
sois del Parnaso esperanza
y de mil ingenios mengua.
No encuentro en España uno
que os alcance á competir:
pocos el dulce sentir;
vuestra pureza, ninguno.
Tomad, pues, ese tesoro

Va á devolverle el cuaderno, á cuyo fin le toma de sobre la mesa.

que tan altamente aprecio,
que no le pusiera precio
si se pagase con oro.

DON LUIS.

Como aquel que sois, honrais,
señor don Diego, mi amigo;
y á tanta alabanza, digo
que por cierto me abrumais.
No merezco con razon
la que de esa boca sale,
que si algo en mis versos vale
será vuestra correccion.
De historiador á la gloria
aspirais, y no se engaña
si á Mendoza llama España
el Salustio de su historia.
Por ello, si ese traslado
viere la luz algun dia,
su mayor timbre sería
haberle vos aprobado.
Guardadle os ruego, señor,
guardadle, si os sirvo asi.

DON DIEGO.

Mas lo estimo, que si aqui

Deja otra vez el cuaderno.

me hicieseis emperador.

ESCENA V.

LOS MISMOS. DOÑA GARCÍA, que entra con unas cartas en la mano.

DOÑA GARCÍA.

¡Señor! ¡Señor...! ¿Pero dónde...?

DON DIEGO.

¿Qué busca la honrada dueña?

DOÑA GARCÍA.

Pensé que estaba... el correo
de la ciudad ahora llega,
y estas cartas ha traido.

DON DIEGO.

De Valladolid son esas:

Tomándolas, y devolviéndole algunas.

dadlas al marqués.

ESCENA VI.

DON DIEGO. DON LUIS.

DON DIEGO.

Veamos:

Se aproxima á la mesa y las va reconociendo. Don Luis se retira á un estremo.

(Si no me engaño, la letra...
Ya la conozco... si... un sabio...
¡lástima que la pobreza
persiga tan alto ingenio! *Lee.*
Que le recomiende ruega
al de Lemus. Sin tardanza:
mañana mismo.) De Herrera
el de Sevilla, es la otra:
¡ingenio tambien! Con ella... *Lee.*
"Al señor don Juan de Austria."
¡Oda famosa! Soberbia

introduccion: mas despacio
tendremos tiempo de verla:
Vuestro voto... ¡cómo asi! *A don Luis.*
¿os marchabais ya?

DON LUIS.

Licencia
si os molesto me dareis...

DON DIEGO.

¿Eso dice vuestra lengua?
tratadme sin cortesía:
siempre mi correspondencia
es literaria y no mas,
que si de otra clase fuera...
¡Sois tan tímido!

DON LUIS.

Señor...

DON DIEGO.

Mendoza me llamo á secas,
señor don Luis; vuestro amigo
y catedrático era
en Salamanca. Tambien
algun parentesco media
entre nosotros. Decidme:
¿á qué viene esa tibieza?
Una docena de años
es toda la diferencia
entre Mendoza y Leon;
pero el gusto por las letras,
vuestra cordura, mil causas,
todo, todo nos nivela,
y os estimo cual si fueseis
mi hermano. Solo una queja
tengo de vos.

DON LUIS.

Sobresaltado.

¿De mí?

DON DIEGO.

Cierto:
Y poderosa. De aquellas
que olvida muy rara vez

un amigo. Es una ofensa
imperdonable.

DON LUIS.

Aparte con agitacion.

(¿Qué escucho?
¿Si sabrá...?)

DON DIEGO.

Es una ofensa,
lo repito: una traicion
á la amistad: no creyera
que fueseis capaz...

DON LUIS.

Con mayor agitacion.

¿De qué?

DON DIEGO.

De ocultarme vuestras penas,
vuestros secretos.

DON LUIS.

(Respiro.)
¿Penas dijisteis?

DON DIEGO.

De veras:
vuestro silencio me ofende.
¿Pensareis que no penetra
el ojo de la amistad?
¡Ah don Luis! La verdadera,
registra, indaga, recorre,
y hasta el alma sagaz llega.
¿Pretendeis disimular
que estais triste? ¿que os afecta
perenne melancolía?
Si yo no la conociera,
¿no bastaba á declararla
esa misma indiferencia
que por lo humano caduco
vuestros versos manifiestan?

DON LUIS.

¿Mis versos?

DON DIEGO.

Sí: que ellos mismos

vuestro secreto revelan:
en ellos desnuda el alma
á su pesar se presenta.
Vuestro espíritu precoz
se aplace solo en la eterna,
en la gran filosofia
que lo terrestre desdeña,
lo desprecia como polvo,
y en alas del genio vuela
á la region celestial:
alli el alma se apacienta,
alli vive, alli se sacia,
alli la verdad encuentra,
alli sola está tambien;
pero no es en la edad vuestra
en la que el hombre la alcanza,
y á tanta altura se eleva.
Nunca sazonados frutos
produce la primavera:
flores y no mas, don Luis;
y aquel que hallándose en ella
no las coge, las esquiva,
y tanto desden demuestra
por el mundo, ese sin duda
en secreto se atormenta;
ese padece, ese llora,
ese es arbol que se seca,
porque insecto venenoso
hincó ya el diente en su tierna,
en su naciente raiz.
No es injusta mi sospecha:
no señor; *cuando tan jóven*
asi el corazon se aleja
del mundo real; cuando osado
hasta el cielo asi se acerca,
es que la tierra le enoja,
porque padece en la tierra.

DON LUIS.

Un alma franca... tal vez
cierto gusto por la escuela

de Platon... mi mismo tio...
esa contínua y severa
austeridad suya... yo...
bien sabeis vos cómo enseña
el canónigo Losada
la moral: en su tutela...

DON DIEGO.

¿Y os ha enseñado tambien
á perderos por las selvas?
¿á ser desabrido á veces?
¿á no encontrar complacencia
en la sociedad? Don Luis,
dejad las disculpas esas,
que al que jóven es aun,
no satisfaceis con ellas.
¿Enmudecísteis? ¿No hablais?
ese silencio comprueba
que sentis, que padeceis,
que el alma vuestra se quema.

DON LUIS.

Yo... Señor...

DON DIEGO.

Y no creais
que equivoque cuáles sean
vuestros disgustos; no, amigo;
uno solo tiene fuerza
para marchitar el alma
cuando vuestros años cuenta.
Uno solo: mal de amores;
ved aqui vuestra dolencia.

DON LUIS.

¿Mal de amores?

DON DIEGO.

¿Y cuál otro
á vuestra edad nos aqueja?
¿cuál es poderoso entonces
para hacer que el alma sienta?
Ninguno: don Luis, amais,
y á juzgar por mis sospechas...
donde el ídolo reside...

tambien deciros pudiera.

DON LUIS.

Con viveza.

¿Qué...? ¿Sabeis...

DON DIEGO.

¡Brava pregunta!
¿Cómo quereis que no sepa
lo que á cada punto y hora
vuestra conducta revela?
Os ví en Salamanca alegre,
y en Granada es la tristeza.
¿Qué quereis que yo présuma
de estos datos? Cosa es cierta...

DON LUIS.

Con la mayor viveza.

¿Qué? Señor...

DON DIEGO.

Que en Salamanca
encontrasteis la belleza
de quien ausente penais.
Esto lo infiere cualquiera.
¿No es asi, señor don Luis?
Mas callad, que el marqués llega.

ESCENA VII.

EL MARQUES con unas cartas en la mano. LOS MISMOS.

MARQUES.

A don Diego.

Hermano, gozoso vengo
á que sepas de mi labio...

DON DIEGO.

¿Y tu enojo?

MARQUES.

Por agravio
que me le recuerdes tengo.
Aqui podrás informarte... *Se las da.*
Quedad vos, no os ausenteis,

A don Luis, que iba á retirarse.

que cual pariente debeis
en nuestro gusto ser parte.

DON DIEGO.

Habiendo leido.

Es cosa que á mí me admira:
¿por qué oculta la has tenido?
El de Alburquerque es marido
muy digno de doña Elvira.

DON LUIS.

Con vehemencia.

¿De doña Elvira?

MARQUES.

Sí, á fé:
que doncella se quedase
ó por mi mano casase,
prometí cuando enviudé.
Hoy se cumple mi deseo,
que si el placer no me engaña,
al de Alburquerque en España,
grande entre los grandes veo.

DON DIEGO.

(Don Luis quedó demudado:
¡qué sospecha!) pero dí:
¿por qué ese enlace de mí
tuviste tan recatado?

MARQUES.

No os lo quise revelar
hasta ser cosa segura:
hoy recibo la escritura
y por eso puedo hablar.
Viste que llegan mañana
el duque y sus equipages.
¡Hola, dueñas! ¡Hola, pages! *Asomándose adentro.*
decid no salga mi hermana.

DON DIEGO.

¿No le has dicho de esa boda?
ni siquiera sabe ella...

MARQUES.

¡Eh! qué entiende una doncella
cuál marido la acomoda.

DON DIEGO.

No la estimes en tan poco,
que hubiera sido muy cuerdo...

MARQUES.

¿Estás, don Diego, en tu acuerdo,
ó tus libros te hacen loco?
¿Cómo Elvira dejaria
de obedecer á su hermano?
¡Vive Dios, que por mi mano
primero la mataria!
Ven conmigo á su aposento;
venid vos, don Luis, tambien.

DON LUIS.

Permitid...

MARQUES.

¿Marchábais? Bien:
vamos los dos al momento. *Se va con don Diego.*

ESCENA VIII.

DON LUIS.

Abatido.

Descansa en fin, corazon:
solo por fin te dejaron;
solos contigo quedaron
tu secreto y tu afliccion.
¡Elvira, donosa Elvira!
¿con que ya á perderte voy?
alma, del cuerpo sal hoy,
pues hoy tu esperanza espira.
Sueño de delicias lleno
templaba mi amarga suerte,
pero que es sueño me advierte
el estampido del trueno.
¿Yo soñar? ¿Don Luis cobarde *Con furia.*
al de Alburquerque cederla?
Venga luego á merecerla

si de noble hiciere alarde.
Noble tambien es mi cuna,
espada tengo y valor;
á quien merezca su amor
dé victoria la fortuna.
¿Mas qué digo? yo, insensato,
¡yo de Alburquerque rival!
¡yo, que mi pasion fatal
cual una ofensa recato!
¿Vióse nunca tal sufrir?
¿dónde consuelo hallaria?
¡ay! me queda todavía
la esperanza de morir.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DON DIEGO.

No me engañé: no: don Luis
adora en secreto á Elvira:
su turbacion, la sorpresa
que despues mostró ella misma
al hablarle de esa boda;
todo, todo me confirma
en mis sospechas. Mas ¿cómo
Leon, á quien yo creía
prudente, tímido, franco,
asi su razon olvida,
y á un amor sin esperanza...?
No: es preciso que mas fijas
las pruebas que tengo sean:
de mi hermano la salida
facilita mi proyecto:
vendrá don Luis á mi cita:
Elvira me juzga ausente;
aqui acostumbra... es muy niña
para pensar que yo ahí... *Señala al gabinete.*
Tan cerca está, que perdida
ni una palabra será.
Yo sabré toda la intriga.
¡Hola, escudero! ¡Tristan! *Llamando hácia adentro.*

ESCENA II.

DON DIEGO, y el escudero TRISTAN, viejo, cojo y ridículo.

TRISTAN.

¿Qué manda vue-señoría? *Desde la puerta de en medio.*

DON DIEGO.

Si me buscase don Luis,
hágale que suba, y diga
que pronto vuelvo.

TRISTAN.

Está bien. *Anda con suma lentitud.*

DON DIEGO.

¿No ha salido todavía?
¡Mándria de escudero! Pronto...

TRISTAN.

¿Cómo quiere que de prisa
ande, cuando dos mil diablos
en el rebato de Ugijar...
¡Ay qué tiro de arcabuz!
¡y qué dolores! ¡Maldita,
maldita canalla mora!

DON DIEGO.

Deje sus algarabías
y retírese.

TRISTAN.

Señor,
pero sí...

DON DIEGO.

Calle, y prosiga.

TRISTAN.

Pues callo, y prosigo. ¡Perros!
y un cristiano... ¡Dios me asista!

ESCENA III.

DON DIEGO.

Todo está ya combinado:
adentro doña García
repasando su Esplaudian
ó su Amadis: sin malicia,
inesperta y candorosa
como siempre doña Elvira...
Sí: mi proyecto es seguro.
¡Ah, don Luis! cuál sentiria
ver en vos un seductor
que abusando de mi antigua,
de mi cordial amistad...
No: si asi fuese, sabria
castigaros y vengarme.
Soy Mendoza, fuera indigna
vuestra conducta, y mi espada...
¿Mas qué digo? Se estravía
mi razon. No: no es posible:
es infeliz, nunca inicua
la pasion de un alma noble.
Esta esperanza mitiga
mi enojo, y al mismo tiempo
me atormenta. Hoy, en el dia,
he de saber la verdad.
Escucho pasos... Aprisa. *Escóndese en el gabinete.*

ESCENA IV.

DOÑA ELVIRA aparece con cierto aire de abatimiento.

Qué dulce es mi suerte;
que soy ya feliz,
á deudos y estraños
les oigo decir.

Quién, jura que en signo
dichoso nací:
quién, llama á mis ojos
el sol del Genil.
Yo á todos escucho;
preguntóme á mí,
y el alma responde
que no soy feliz.
Llamarme duquesa
ha poco que oí,
y el pecho en el punto
sentíle latir.
Cercanos florecen
en un mismo abril;
por eso se abrazan
el olmo y la vid.
Mas ser yo de dueño
que no conocí;
el alma bien dice
que no soy feliz.
¡Que al duque yo adore
á fuer de gentil!
¡gozar de mi mano,
triunfar sin servir!
Si él noble ha nacido,
yo hermosa nací,
y no envidia aromas
la rosa al jazmin.
Galan que las almas
desdeñas rendir;
contigo, no dudes,
que no soy feliz.
¿Por qué se fijaron
tus ojos en mí?
¿No brillan hermosas
en Valladolid?
Gallardo te pintan;
no sé si es asi;
mas cierto no eres
tú solo gentil.

Mancebo modesto
alguna vez vi...
¡Ay! bien dice el alma
que no soy feliz.

Queda pensativa, y va á sentarse en una silla, cuando aparece don Luis.

ESCENA V.

DON LUIS. DOÑA ELVIRA.

DON LUIS.

Pues salió don Diego... ¿Cómo? *Aparte viéndola.*
¿Doña Elvira aqui? ¡Qué encuentro...!

DOÑA ELVIRA.

(Yo no sé por qué mi sangre
arrebatárseme siento
al corazon.)

DON LUIS.

Que subiese *A doña Elvira con timidez.*
Tristan me dijo, y por eso...

DOÑA ELVIRA.

Perdonad... Don Luis, creía... *Con la misma.*
yo no pensaba...

DON LUIS.

(Recelo
que poderoso no sea
para ocultar...) Al momento, *A ella.*
si os importuno, saldré.
No lo dudeis; pero pienso...
perdonad: en vuestros ojos...
¿Estais triste?

DOÑA ELVIRA.

No por cierto. *Con afectacion.*
Os equivocais.

DON LUIS.

Lo dicen
vuestros labios, y lo creo.
Nunca mentir han sabido;

es Elvira angel del cielo,
y jamas...

DOÑA ELVIRA.

Tened, don Luis: *Aparentando ligereza.*
ved que los elogios vuestros
envanecerme podrian.

DON LUIS.

¿Vos, decis, envaneceros? *Con pasion.*
Y cuando eso fuera, ¿quién,
quién con igual fundamento?
¿quién mas hermosa que Elvira?
¿quién mas inocente? Pero, *Con frialdad repentina.*
perdonad, me estraviaba:
vuestro rostro siempre bello,
siempre tranquilo: ¡insensato!
¿pude pensar un momento
que estabais triste? ¿Y por qué?
Sois feliz, mereceis serlo.
Por mi corazon medía
la situacion del ageno,
y deslumbrado... otra vez,
otra vez perdon os ruego.

DOÑA EEVIRA.

¿De qué? ¿de vuestros elogios?
¿En qué ofenderme pudieron
vuestras palabras? En vos
sí me parece que encuentro...
esa palidez... tan triste...
un aire de abatimiento...

DON LUIS.

¡Triste, sí, triste, muy triste! *Vehemente.*
Mi corazon, no lo niego,
no es feliz: á mi pesar
reventar quiere en el pecho, *Con cierta aspereza.*
y á veces... pero deliro:
¿qué tienen mis sufrimientos
de comun con doña Elvira?
¿Qué importa al mundo saberlos?
Yo solamente: son mios,
mios no mas.

DOÑA ELVIRA.

Advierto *Con dulzura.*
no sé qué en vuestros discursos...
Hoy, cual nunca descontento,
vuestro corazon se encierra
dentro de sí mismo: inquieto
y perturbado... Don Luis,
no sois en este momento
el dulce, el facil Leon.
Quien leyere vuestros versos
y os oyera... ¿os sentis malo?

DON LUIS.

Eso ha de ser: en efecto,
una agitacion... mi frente,
mi frente despide fuego,
y hácia el corazon... aqui, *Señalándole.*
¡una opresion aqui siento!
La losa de mi sepulcro
me pesara mucho menos;
mucho menos, sí. Castilla
la de los campos desiertos,
Castilla estéril, mis años
viste pasar mas serenos,
mas tranquilos que esta patria,
de flores vergel eterno.

DOÑA ELVIRA.

¿Eso decis?

DON LUIS.

¡Ah! Granada
para mí tiene veneno:
en ella está mi martirio;
en ella infeliz padezco.

DOÑA ELVIRA.

¿Vos padecer? De sus hijos
sois la gloria: el nombre vuestro
se estiende de polo á polo;
el mundo admira ese ingenio...

DON LUIS.

¿Y qué pueden importarme
Con calor que se acrecienta por grados.

sus aplausos lisongeros?
¿qué la gloria, qué la fama,
si un corazon aqui tengo,
un corazon que palpita
triste, mustio, descontento...?
Sed de amor, amor le abrasa,
amor misterioso, inmenso,
amor que emponzoña impía
la horrible hiel de los zelos;
amor fatal, que escondido
no puede estar por mas tiempo...

DOÑA ELVIRA.

Don Luis... acaso... ¿dijisteis...? *Con turbacion.*

DON LUIS.

¿Cómo? ¿mis labios dijeron
que os amaban? ¿que érais vos
el dulce, el único objeto
de mi tierna idolatría?
¿que cuando debo perderos,
el alma padece juntos
los tormentos del infierno?
¿Eso pudieron decir?
¿eso propalaron ellos?
Elvira, no los creais,
no los creais, que mintieron.

DOÑA ELVIRA.

¡Don Luis! ¡don Luis! *Con ternura.*

DON LUIS.

Han mentido,
os lo repito de nuevo.
No es Elvira, no... ¿Qué dije?
ni yo mismo ahora me entiendo.
¿Dónde estoy? en este instante
de mi razon no soy dueño,
no lo soy. ¡Elvira! ¡Elvira!
Yo me arrojo á los pies vnestros,
yo os adoro, yo... *Lo hace.*

DOÑA ELVIRA.

¿Qué haceis?

DON LUIS.

Sin vos la vida detesto:
sin Elvira la maldigo:
solo una palabra, y muero;
una palabra, y mi dicha
ven los ángeles con zelos.
¡Elvira! ¡Elvira!

DOÑA ELVIRA.

¡Don Luis!

ESCENA VI.

DICHOS. DOÑA GARCÍA desde la puerta de la derecha.

DOÑA GARCÍA.

¡Hola! ¡hola!

DOÑA ELVIRA.

¿Qué habeis hecho?
Idos.

DON LUIS.

¡Que no me tragase
la tierra en este momento! *Vase con precipitacion.*

ESCENA VII.

DOÑA GARCÍA siguiendo á DON LUIS, y DOÑA ELVIRA.

DOÑA GARCÍA.

Venga acá, señor docel:
miren, miren el mancebo
barbilindo: ¡vaya en gracia!
¡pues digo que estamos buenos!
Con que yo muy divertida
en mi Florisel leyendo,
y... por vida de mis tocas
y del honrado escudero
mi difunto, que al instante
mi señor ha de saberlo.

En cuanto venga: ni un punto:
lo ha de saber; sin remedio.

DOÑA ELVIRA.

Por piedad, amiga mia:
siempre mi agradecimiento...

DOÑA GARCÍA.

¿Su agradecimiento? ¡eh!
¿y se atreve á decir eso
á su dueña? ¿á la viuda
de Anton Gil de Vasconcelos?
¿Quieren corromperla? ¿A mí?
Si por acaso vinieron
él ó su hermano... al instante...
¡Señor! ¡señor! *A voces.*

DOÑA ELVIRA.

Por el cielo
os suplico que calleis.

DOÑA GARCÍA.

¡Señor! ¡mi señor! ¡don Diego! *Lo mismo.*

ESCENA VIII.

LAS MISMAS. DON DIEGO, saliendo del gabinete.

DON DIEGO.

Silencio, doña García.

DOÑA GARCÍA.

¿Cómo? ¿Vos aqui...? Me alegro,
pues mi señora, su hermana,
y el señor don Luis...

DON DIEGO.

¡Silencio!

DOÑA GARCÍA.

¿Pero no quiere que diga...

DON DIEGO.

Que calleis os mando.

DOÑA GARCÍA.

Pero...

DON DIEGO.

¡Vive mi honor, si seguis! *Con ira.*
Retírese luego adentro.

DOÑA GARCÍA.

Yo, señor... ¡Jesus, qué ojos!
vóime temblando de miedo.

ESCENA IX.

DON DIEGO. DOÑA ELVIRA.

DOÑA ELVIRA.

Hermano... *Acercándosele con temor.*

DON DIEGO.

Todo lo sé:
nada que escucharte tengo.

DOÑA ELVIRA.

No soy culpable, lo juro;
te lo juro por el tierno
cariño que desde niña
me profesaste. Su encuentro
todo fue casualidad:
eres de mi vida dueño,
y á tus pies si acaso pude... *Se arrodilla.*

DON DIEGO.

Levanta, Elvira, del suelo. *Con interes.*
Sabes que siempre te amé:
descúbreme aqui tu pecho,
y al momento te perdono.

DOÑA ELVIRA.

Háblame, hermano; no temo
descubrírtelo.

DON DIEGO.

Pues bien.
¿Sabes el oculto empeño
del marqués con Alburquerque?

DOÑA ELVIRA.

Sí.

DON DIEGO.

¿Sabes que el casamiento
con un hidalgo no mas,
no solo ve con desprecio,
si no indignado?

DOÑA ELVIRA.

Lo sé.

DON DIEGO.

¿Sabes tambien que el ejemplo
de honradez y de cordura
será en dártelo el primero
el mismo don Luis?

DOÑA ELVIRA.

¡Ay! Sí.

DON DIEGO.

Pues de todos estos hechos
tú inferirás tus deberes:
yo ni acordártelos quiero.

DOÑA ELVIRA.

Hermano... yo... sí... *Con indecision.*

DON DIEGO.

¿Vacilas?
¿Me darás el sentimiento...

DOÑA ELVIRA.

¡Tú sentir! ¡tú tan benigno!
No, que en tus brazos me entrego. *Abrazándole.*

DON DIEGO.

Ahora conozco á mi Elvira:
ahora digna de mi aprecio,
de mi amor y... no lo dudes,
siempre á tu lado me encuentro,
siempre velaré por tí:
mi cariño, mis consejos,
todo de Elvira será;
todo de mi Elvira. Entiendo
que necesitas ahora
de reposo. En tu aposento
podrás mejor conseguirlo:
la soledad y el silencio...
Véte, pues, Elvira mia.

DOÑA ELVIRA.

Voy, hermano. Allí te espero.
No tardes mucho: sin tí...

DON DIEGO.

Siempre te sigue mi afecto.

ESCENA X.

DON DIEGO.

No hay duda; su corazon
en amor tambien rebosa.
¡Alma noble y generosa
digna en todo de Leon!
¡Cuánto fuera mi contento
en unirla con mi amigo!
Pongo al cielo por testigo
de que en decirlo no miento.
Mejor que necios blasones,
yo su genio apreciaria;
mas ¿cómo el marqués podria
vencer sus preocupaciones?
Don Luis, don Luis, no hay remedio:
sacrificad vuestro amor,
que os prohibe ya el honor
querer tentar otro medio.
¡Si le pudiera yo ver!
Voy á escribirle al instante,
que acaso será bastante
para entrarle en su deber.
Este arbitrio considero
que ha de ser mas acertado:
siempre vi á don Luis honrado,
y ademas es caballero. *Se sienta á escribir.*
Breve la carta estendí:
voy al momento á cerrarla;
mas conviene repasarla,
que muy de prisa escribí. *Se levanta, y lee.*
"Don Luis: todo lo sé. Mañana llega el de Al-

burquerque. Nada quiero deciros, si no que de vos depende todavía merecer mi estimacion. Vuestro genio os hace señor del universo: sedlo tambien de vuestro corazon estraviado. El cielo os guarde. = Don Diego." *La cierra.*

Está bien: luego veré...
¡Tristan! ¡Tristan!

ESCENA XI.

DON DIEGO. TRISTAN.

DON DIEGO.

¿No me ois?

TRISTAN.

¡Ay, mi señor! ¿Qué decis?
Si para mover un pie...

DON DIEGO.

Haga de ligero alarde; *Dándole la carta*
á Granada vaya á prisa...

TRISTAN.

¿Yo, señor? Si salgo á misa
los sábados por la tarde.

DON DIEGO.

¡Pese á Tristan! Orellana
mi palafrenero irá.
Si me buscasen, que ya
no se me ve hasta mañana.

Se va por la puerta de enfrente.

ESCENA XII.

TRISTAN.

¡Cómo va el señor don Diego!
Yo no sé qué es lo que pasa;
pero esta tarde en la casa
hay algun desasosiego.

Don Luis salió de repente;
de repente mi señor...
¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡Que este dolor
cada vez mas se me aumente!
Ya pasó. Cosa secreta
ella sin duda ha ser:
sí, ¡por llegarla á saber
diera tambien mi muleta!
La dueña sola podria...
¡Que no la hallase á la mano...!
¿Hola, dueña? Mas urbano:
¿honrada doña García?
No responde... Si me oyera...
pero ¿qué me importa á mí?
Siga mi trisagio: sí: *Lo saca, y vase rezando.*
que eso he de hallar cuando muera.

ACTO TERCERO.

Noche: dos bugías sobre la mesa.

ESCENA PRIMERA.

TRISTAN. DOÑA GARCÍA.

TRISTAN.

Aqui, señora García,
que no nos oyen entiendo.

DOÑA GARCÍA.

Íbale, Tristan, diciendo
que á sus pies vi se ponia.

TRISTAN.

¿Á sus pies?

DOÑA GARCÍA.

Y porque fiel
empecé luego á gritar,
mandó el hermano callar
convertido en una hiel.

TRISTAN.

¡Eso pasa! ¡Vive Dios
que me escandalizo todo!

DOÑA GARCÍA.

Pues sucedió de ese modo,
que yo misma vi á los dos.

TRISTAN.

¡Jesus! ¡Jesus! dirán luego...
¡miren la honrada doncella...!
pero no lo estraño en ella
como en mi señor don Diego.

¿Con que os puso tal mandato?

DOÑA GARCÍA.

Sí señor; con una ira...
Y luego con doña Elvira
en su cuarto está hace rato.
Capaz es, no será mucho,
que la case con su amigo.

TRISTAN.

Á fé de cristiano, digo
que me aturde lo que escucho.
¡Dar á don Luis la heredera
de Mondejar y su estado!
¡llamar el marqués cuñado
á un hidalgo de gotera!
Cosas son para espantar.
Los hombres doctos á veces...

DOÑA GARCÍA.

¿Pero qué mas que sandeces
sus libros han de enseñar?
De historia, de agricultura,
de política, poesías...
leyese caballerías,
y obrara con mas cordura.
Allí viera que Esplaudian
se puso como un erizo
porque hablar con don Rojizo
vió á su hermana en el desvan.
Y merced á que la espada
no la halló segun barrunto,
que la historia en este punto
admite duda fundada.
Pero esos libros en griego
vuelven á don Diego el juicio.

TRISTAN.

Sí señor, es gran perjuicio
que á Amadis no estudie luego.
Cuando sus cosas leeis
tan grande mi gusto es...
pero decidme, ¿el marqués
que consentirá entendeis?

DOÑA GARCÍA.

¿Qué es consentirlo? Primero
pienso que la encierre monja;
que mi señor, sin lisonja,
es completo caballero.

TRISTAN.

Pues por donde el otro intenta...
¿cómo en su cabeza cabe...

DOÑA GARCÍA.

Quizá con que no lo sabe,
ni podrá saberlo, cuenta.

TRISTAN.

No ha de ser, que ya me enfado.
Se hundirá primero el mundo.
¿Es mas que un triste segundo,
aunque precie de letrado?
Yo del caso la verdad
á mi señor decir quiero.

DOÑA GARCÍA.

Eso sí; buen escudero,
me gusta ver su lealtad.

TRISTAN.

¡Un Mendoza tal baldon!
¿Qué es lo que el mundo dijera?
¡si el callar en esto fuera
delito de inquisicion!
No he de callar por mi vida:
cuando venga estaré alerta...

DOÑA GARCÍA.

¿Y no es mejor que á la puerta
vaya á esperar su venida?

TRISTAN.

¿Cómo? Si llega á la mano
al camino le saldré,
y aunque es noche correré
como si fuera un milano.
Yo haré que la trama aleve...
¡temblando de rabia estoy!
por el postigo me voy
para salir mas en breve.

DOÑA GARCÍA.

¡Victor el señor Tristan!
me cautiva su eficacia.

TRISTAN.

Quedad con Dios.

DOÑA GARCÍA.

Id en gracia.
Supongo que no sabrán...

TRISTAN.

Nada teneis que advertir;
callaré que fuisteis vos...

DOÑA GARCÍA.

Que esta tarde vió á los dos...

TRISTAN.

Por supuesto, y no es mentir.

DOÑA GARCÍA.

Que osó su mano besar...

TRISTAN.

Tanto, dicho no me habeis.

DOÑA GARCÍA.

Pero señor, ¿no entendeis
que pudo muy bien pasar?

TRISTAN.

Descuidad... ¡Jesus qué olvido!
Si á don Diego alguien buscase,
no le consintais que pase,
porque Orellana ha salido.

DOÑA GARCÍA.

Está bien: es cuenta mia.

TRISTAN.

Buena dueña, vuelvo pronto.

ESCENA II.

DOÑA GARCÍA.

En el lazo cayó el tonto;
eso solo yo queria.
Si en aquel fiero ademan

viese á don Diego mandarme...
¡qué! ¡si siento espeluznarme
y trasudores me dan!
¡Tratar con tan poco honor
á una dueña de mi porte!
¡á una dueña que en la corte
de las dueñas es la flor!
Si vengarme no consigo...
Pero ya logré mi objeto,
que el marqués sabrá el secreto
sin ser yo quien se lo digo.
¡Qué furor! ¡cuánta bravura
ha de hacer cuando lo sepa!
No es posible, no, que quepa
en el caso compostura.
¡Pues es un grano de anis!
¡y en su genio de serpiente...!
parece que sube gente...
¿Quién será...? ¡Calle! ¡don Luis!

ESCENA III.

DOÑA GARCÍA. DON LUIS con estremada agitacion, llevando una carta en la mano.

DON LUIS.

¿Y don Diego?

DOÑA GARCÍA.

¿Cómo? ¿quién...
¿y su atrevimiento es tanto?
despues de...

DON LUIS.

Por compasion,
no me acordeis el agravio
con que ofendí su amistad.
Para vengarle son hartos
mis propios remordimientos;
este puñal, este dardo
que el corazon me atraviesa.

¿Dónde está? ¿dónde?

DOÑA GARCÍA.

Muy claro
fue su precepto á Tristan:
ninguno está esceptuado.
Ninguno. ¿Lo comprendeis?

DON LUIS.

Basta, basta, que ya alcanzo
toda la triste verdad.
Huye del desventurado
que en un momento ofendió
la bonradez de tantos años,
el honor, la gratitud...
cuanto existe de sagrado
sobre la tierra. Ese solo,
ese, entre martirios tantos,
me quedaba por sufrir.
Ya no me queda: no, el vaso
hasta las últimas heces
debieron beber mis labios.
¡Mísero don Luis!

DOÑA GARCÍA.

No entiendo...
¿dónde vais con ese estraño...

DON LUIS.

¿No me entendeis? ni yo propio
para comprenderme basto.
Era fuerza amar cual yo,
para conocer de cuántos,
de cuán horribles tormentos
este corazon es blanco. *Se arroja sobre una silla.*

DOÑA GARCÍA.

¡Su corazon, eh! ¿Qué dice?
¿si querrá que agradezcamos...

DON LUIS.

Por piedad, no prosigais: *Se levanta.*
callen, callen vuestros labios.
Un rayo cayó á mis pies:
un rayo de mi letargo
me despierta. No, don Diego,

nunca invocareis en vano
el honor de vuestro amigo.
De su frenesí llevado,
fue imprudente, criminal.
¡Todo lo holló en su arrebato,
todo lo olvidó! ¿Por qué,
por qué late aqui debajo
un corazon que se abrasa,
que es capaz de sentir tanto,
si, madrastra la fortuna,
no puso un cetro en mi mano?
¿Para qué me le dió el cielo?
¿por qué ese don tan infausto?

DOÑA GARCÍA.

¿Cómo? ¿conoce su error?
¿siente ya que temerario...

DON LUIS.

¡Si le conozco! ¡Si sufro...!
¡Ah! ¡que no me fuese dado
derramar toda mi sangre,
y de ese modo espiarlo!
¡que no pudiera, Dios mio!

Se arroja en la silla, y reclina sobre la mesa.

DOÑA GARCÍA.

¡Pobre mozo! ¡pues! mi flanco: *Aparte.*
la compasion: ya se ve:
tienen los enamorados
un modo tan... que... don Luis,
si os empeñais en que al cabo
habeis de ver á don Diego...

DON LUIS.

No: no le llameis; dejadlo: *Levantándose.*
es mejor que no me vea,
que no turbe su descanso
la presencia de Leon.
Correrán luego los años;
llevaré sobre mi frente
las señales de mi amargo,
de mi horrible sacrificio...
Elvira, Elvira, este llanto

es el último que vierto,
el último que consagro
á un amor sin esperanza...
¡He sido tan desdichado!
solo una ilusion podia
llenar mi vida de encanto;
una ilusion... ¡Eras tú!
¡era morir en tus brazos!
Si al menos me amases, ¡ay!
si de tus cándidos labios
una palabra tan solo...
una tan solo... ¡insensato!
Perdon, perdon si te ofendo.
Muy pronto de tí lejano...
¡para siempre! ¡para siempre!
Es preciso... El Océano,
la inmensidad del abismo
es quien debe separarnos:
solo asi podrá estinguirse
este amor en que me abraso,
este volcan... Ya no mas:
¿á qué cobarde dilato
mi agonía...? en el momento...
aqui mismo... aqui... ¿qué tardo? *Pónese á escribir.*

DOÑA GARCÍA.

Yo no sé... Siento tambien
asi como un sobresalto
que á mi pesar... ¿Qué proyecto
será el que tiene entre manos?
Si lo dice mi señor:
ni una blanca es lo que valgo
para dueña... tan sensible...
¡Cómo escribe! ¡qué agitado!
pero se levanta ya:
¿cuál es su intencion...? oigamos.

DON LUIS.

Cumplí mi deber: ahora
Levantándose, y cerrando una carta que deja sobre la mesa.
me siento mas sosegado.
¡Ya no soy mas que infeliz,

y lo he sido siempre tanto!
tanto, que mi sacrificio
no me acobarda... Es acaso
el menor de los tormentos
que este pecho desgarraron.
Acéptalo tú, Dios mio:
tú solo conoces cuánto,
cuánto el alma sufrirá
primero que consumarlo.
¡Ah! nunca gimió el impío:
nunca sus ojos lloraron:
nunca cual yo sin ventura
tuvo que invocar tu amparo,
como el último consuelo
que restaba á su quebranto.
Yo le invoco, Dios benigno:
yo tu clemencia reclamo:
yo, de por vida infelìz,
hasta tí el alma levanto;
yo á tí solo en mi amargura
compasion, señor, demando.
¡A Dios, patria! ¡A Dios, Elvira! *Alto.*
¡para siempre á Dios quedaos!

ESCENA IV.

DOÑA GARCÍA.

¡Jesus! ¡Jesus! pecadora,
¿qué es lo que de oir acabo?
El mancebo está perdido.
Sin duda desesperado
es capaz de cualquier cosa.
"Para siempre á Dios quedaos."
"A Dios, patria, á Dios, Elvira,"
con un fervor... y su llanto...
Y luego su contricion,
aquel rezar... ¡pues! ¡mas claro...!
No hay remedio; va á matarse.

Eso proyecta. ¡Qué espanto!
¡Qué lástima de su alma,
que es alma de enamorado,
y quizá... sí... por mi culpa...
esta muerte es de mi cargo!
¿Qué me importaba impedir...
¡Jesus, cómo tiemblo! Vamos...
yo no sé lo que me pasa:
si no acierto á dar un paso.
Es preciso... voy tras él...
le diré que le ha llamado
doña Elvira... de este modo...
está encerrada en su cuarto...
con don Diego... y no hay peligro.
Protesto que no lo hago...
por conciencia... sí, por eso:
¡pues es poco listo el diablo!
¡Válgate Dios! ¿y Tristan?
voy al momento á alcanzarlo:
con tenerle un poco tiempo
en este cuarto engañado
volverá en su juicio, y luego...
pero encontrarlo es el caso.
No, pues aunque sepa... sí...
á la ciudad misma bajo.
Don Luis antes, luego el otro:
¡si quisiera ser un gamo!

ESCENA V.

DON DIEGO. DOÑA ELVIRA.

DOÑA ELVIRA.

Aqui hablaba, no lo dudo:
aqui su voz escuché.

DON DIEGO.

Ilusion sin duda fue:
¿cómo otra cosa ser pudo?

DOÑA ELVIRA.

No se engaña el corazon;
nunca se deslumbra, Diego.

DON DIEGO.

Si le supones tan ciego,
mal conoces á Leon.
Serénate, vuelve en tí:
recobra, Elvira, tu calma.

DOÑA ELVIRA.

No la hay ya para mi alma:
para siempre la perdí.
La perdí, cuando arrastrado
de misteriosa pasion,
rebosó su corazon
y á mis pies le vi postrado.
La perdí, cuando rendido
mi espíritu á tus consejos,
su despedida de lejos
vino á sonar en mi oido.

DON DIEGO.

Elvira, no tan tirano
te avasalle asi el amor:
¿qué fuera, di, de tu honor,
si no te oyera tu hermano?
No culpo, no, que á su llama
sensible tu pecho fuera;
mas atenta considera
lo que debes á tu fama.

DONA ELVIRA.

¡Ay, don Diego!

DON DIEGO.

Fijo es;
que esa boda se dilate:
no; que forzarte no trate
á mi presencia el marqués.
Vendrá el tiempo en conclusion,
y con él vendrá el olvido.

DOÑA ELVIRA.

¿Olvidarle? ¿Has concebido
que olvidar puedo á Leon?

Te lo repito: un convento,
eso solo me conviene.

DON DIEGO.

Mucho que pensarse tiene
sacrificio tan violento.
Medita bien: hace rato
que el marqués debió volver:
¿que haya siempre de temer
en su genio un arrebato?
A Dios, que buscarle quiero.

DOÑA ELVIRA.

¿Te vas?

DON DIEGO.

En brasas estoy.
Sí: por el bosque me voy
para salir mas ligero. *Vase por la puerta de la derecha.*

ESCENA VI.

DOÑA ELVIRA.

¡Olvidarle! Eso pretenden,
eso mi hermano me manda.
No es posible, no; perdona,
no puede tanto mi alma:
no lo puede. ¡Triste Elvira!
Aqui mismo, aqui sentada
una ilusion... ¡qué sombría,
qué medrosa está la Alhambra!
Otras noches... pero ahora...
me siento tan angustiada...
si apenas puedo...

Se sienta junto á la mesa, va á reclinarse en ella, y halla la carta que dejó don Luis.

¡Qué miro!
¡es su letra! aqui una carta. *Lee.*

"Bien me conociais, señor don Diego, bien me conociais cuando tomasteis la pluma para escribirme. Mañana llega el de Alburquerque, y mañana salgo

yo tambien de Granada para siempre. Para siempre: ¿lo entendísteis? He oido decir que el capitan Pizarro va á dar muy pronto á la vela en Cádiz para el Perú, y quiero poner un mundo de por medio entre Elvira y mi cariño, entre la amistad generosa y mi corazon estraviado. Si contra mis esperanzas llegase tarde, nada temais tampoco porque permanezca en España. ¿Qué puedo ya esperar de un mundo que me rechaza con ignominia? ¿Qué ilusion queda ya para mí sobre la tierra? El claustro, señor don Diego, el claustro, no lo dudeis, será entonces mi único asilo. A Dios, amigo generoso, á Dios, á Dios, hasta la eternidad.= Señor don Diego de Mendoza."

¡Ay! ¡se ausenta! ¡me abandona!
¡huye por mí de su patria,
y se marchitan en flor
sus brillantes esperanzas!
¡Infeliz...! á un nuevo mundo...
¡para siempre...! ¡desdichada!
sin saber cuánto cariño
este corazon le guarda;
sin saber... no puedo mas...
una congoja... me mata:
es una mano de hierro
que el corazon me apretara;
un dogal... la luz... ¡Dios mio!

Queda desmayada sobre la mesa.

ESCENA VII.

DOÑA ELVIRA desmayada. DON LUIS. DOÑA GARCÍA hablando desde la puerta de enmedio.

DOÑA GARCÍA.

Espéreme en esa estancia;
cuidado no salga de ella.

DON LUIS.

¿Pero es verdad que me llama?
¿es verdad...?

DOÑA GARCÍA.

¡Chito! Ya vuelvo:
luego sabrá por qué causa
es su venida. Entre tanto,
que le rece á santa Bárbara,
que es especial protectora
de desesperados... ¡Vaya!
¡cómo he corrido...! ¿Tristan?
¿En dónde estará este mándria? *Vase.*

ESCENA VIII.

DON LUIS entrando. DOÑA ELVIRA.

DON LUIS.

¿Llamarme doña Elvira? No es posible,
burlábase tal vez de mis desgracias,
ó quizá... mas ¿qué miro? ¡es ella! ¡es ella!
Viéndola, y acercándose.
¡Elvira...! ¡Dios benigno...! ¡desmayada!
Orellana, Tristan, venid: ¡socorro! *A voces.*
ninguno... ¡por piedad...! y fue mi carta...
mi carta entre sus manos... eso ha sido.
¡Soy feliz, soy feliz, ella me ama!
¡Elvira, dulce Elvira, Elvira mia!

DOÑA ELVIRA.

¡Ay! *Sin volver en sí.*

DON LUIS.

Suspira. Ya vuelve. ¡Elvira amada!

DOÑA ELVIRA.

¿Dónde estoy?

DON LUIS.

¿Donde estás? entre mis brazos,
en brazos de don Luis, que os idolatra.

DOÑA ELVIRA.

Soltándose.
¿De don Luis? pues aqui... ¿Tristan? *Gritando.*

DON LUIS.

Calmaos:

nada debeis temer: no temais nada.
El amor de Leon es noble, puro;
menos puro es el sol, menos, y abrasa,
y consume y devora, como siento
abrasarse en amor ahora mi alma.
Ya no me ausento, no: ¿la veis, Elvira?

Tomando la carta, y haciéndola pedazos.

miradla: no, ¡jamas! Sobre mí caiga
la maldicion de Dios, caiga, escuchadlo,
si ingratitud tan negra consumara.
Hé ahí mi decision.

DOÑA ELVIRA.

¿Cómo? ¿qué escucho?

Sobresaltada.

¿qué me quieren decir esas palabras?
¿qué dicen? responded.

DON LUIS.

Que sois ya mia:
que la razon vencida, cede y calla;
que reventó el volcan, y honor y todo,
todo á la vez en su furor arrastra.
Eso quieren decir. Tras de los mares
un infierno en el pecho yo llevaba;
y este infierno, las lágrimas de Elvira
en gloria la mas pura transformaran.
Eso quieren decir, eso: salgamos:
vuestro esposo soy ya: sola la Alhambra...
es noche... ¿qué os detiene? venid...

DOÑA ELVIRA.

¿Dónde?
¿Qué frenesí funesto os arrebata?
Por Dios que os retireis.

DON LUIS.

¡Dejaros! Nunca.
¡Cómo usar con Elvira crueldad tanta!
¡Deslumbrado amador, mal caballero,
tener su llanto y su cariño en nada!
¡Imposible! ¡jamas! ¿No es mi fortuna
único estorbo que de vos me aparta?
Pues bien, venid: busquémosla reunidos;

partamos á otro mundo para hallarla.
Acevedo, Cortés, Pizarro, Almagro,
Orellana, otros mil... alli su espada...
Yo la tengo tambien: soy mas, soy noble,
y amor me alentará cuando combata.
¿Pensais que la que inspira dulces versos
no pudiera inspirar tambien hazañas?
¡Ay! venid... no tardeis: todo previsto,
todo pronto está ya para mi marcha.
Al asomar el sol... acompañadme: *La toma de la mano.*
que nos halle dichosos cuando nazca.
¿Por qué indecisa estais...?

DOÑA ELVIRA.

Soltad...

DON LUIS.

Marchemos...
No es hora de razon. No: sin tardanza...
sois mi esposa, os lo juro... Dios testigo...
¿Temeis por vuestro honor? mi honor le guarda.
Ved aqui.... con mi sangre...

Se acerca á la mesa, hiérese levemente en una mano con la daga, y escribe con su sangre en un papel. Todo debe ser obra de un momento.

DOÑA ELVIRA.

¿Qué habeis hecho?

DON LUIS.

Confirmaros con ella mi palabra.
Tomad: en blanco está: venid; ó mia,
Dándole el papel, que ella no toma.
ó ser del duque si os quedais mañana.
No hay ya medio, escoged.

DOÑA ELVIRA.

¡Ay! por el cielo
no querais abusar de mi desgracia:
¡salid por compasion!

DON LUIS.

Para el sepulcro,
si mi Elvira tambien no me acompaña:
ó su amor, ó morir... tomad... ¿dudais?

Deja el papel sobre la mesa, toma la daga y amenaza herirse.

seguidme, ó despedazo mis entrañas.

DOÑA ELVIRA.

¿Qué intentais? ¡detened!

DON LUIS.

Solo un momento;
resolved.

DOÑA ELVIRA.

¡Por piedad...! *Deteniéndole el brazo.*

DON LUIS.

Una palabra,
una no mas.

DOÑA ELVIRA.

¡Don Luis!

DON LUIS.

Mi esposa, ó suya;
de vos, ó del Criador, que ya me llama.
¿Ois? sonó mi hora.

DOÑA ELVIRA.

Deteneos.
De don Luis es mi amor: vuestra es mi alma.
Soltad, soltad.

Le quita la daga, y la deja sobre la mesa.

DON LUIS.

¡Qué escucho! ¡soy dichoso!
Vedme espirar de amor á vuestras plantas...

Se arrodilla.

miradme, dulce bien... ¿Llorais, Elvira?

DOÑA ELVIRA.

Dejad correr mis lágrimas, dejadlas:
permitid que en tributo postrimero
por mi olvidado honor copiosas salgan.
Vuestro es el mio ya, vuestro: á los hombres,
á Dios respondereis del que os consagra
una huérfana triste, una inocente
que en despiadado amor tambien se abrasa.
Salgamos... ¿qué tardais? Señor, esposo,
disponed á placer de vuestra esclava.

DON LUIS.

Salgamos, sí, mi amor... Elvira mia.

Tomándola la mano y abrazándola.

¿Cómo el estremo del placer no mata?
De tus brazos al cielo... ¡Dios piadoso!
¿Por qué no tengo ahora yo dos almas
para gozar mi dicha? Esta mezquina,
para placer tan alto no me basta.
Ven en fin; ven en fin; un fiel morisco
con alazan brioso me aguardaba
mas allá de los muros. Vamos luego.
Dios nos dará su auxilio: amor sus alas.
Partamos... por aqui...

DOÑA GARCÍA.

¡Don Luis! *Desde adentro.*

DOÑA ELVIRA.

¡Qué escucho!
Retirándose espantada.
huyamos.

DON LUIS.

Detened... *Conteniéndola.*

ESCENA IX.

DICHOS. DOÑA GARCÍA sobresaltada.

DOÑA GARCÍA.

Don Luis, acaba *A don Luis.*
de saber mi señor... ¡mas doña Elvira! *Viéndola.*
¡miren, miren si el tiempo aprovechaban!
¡Pecadora de mí! ¡yo sin saberlo
de su amor la tercera!

DON LUIS.

¡Calla! ¡calla! *Amenazándola.*
Sé mi cómplice, ó muere.

DOÑA GARCÍA.

¡San Cecilio!
Esta noche el infierno se desata:
mi señor va á venir.

DON LUIS.

¿Cómo?

DOÑA ELVIRA.

¿Mi hermano?

DOÑA GARCÍA.

Ese mismo; el demonio en carne humana.
Allá fuera le vi: Tristan... en vano
le buscaba solícita en la Alhambra:
del chisme al saborcillo sale el perro,
se baja á la ciudad, zas, y relata
la historia de esta tarde.

DOÑA ELVIRA.

¿Cuál? ¿Qué dices?

DOÑA GARCÍA.

Ya no es tiempo, señora, de contarla:
baste saber que mi señor ahora
llegaba con Tristan. Que le acompaña
don Diego, y si templarle no consigues,
por difunta me doy para mañana.
¿Ois? sus voces son: ya se aproxima.

Oyese ruido adentro.

DOÑA ELVIRA.

¡El es! ¡Don Luis...! ¡qué hicimos! ¡desgraciada!
¡Huid!

DON LUIS.

Ante el infierno todo junto *Sacando la espada.*
no volviera esta noche las espaldas.
Nada temais; que venga... muerte, muerte,
eso solo le espera en esta estancia.

DOÑA ELVIRA.

¡Gran Dios! ¿qué vais á hacer? ¡Ah! por mi vida
que os oculteis alli... venid... mañana...
entrad, don Luis, entrad.

DON LUIS.

Resistiéndose. ¿Y qué? Cobarde...

DOÑA ELVIRA.

Salvad asi mi honor, él os lo manda:
entrad si me estimais... vamos... ¡don Diego!

Le encierra.

Sé tú el escudo de tu triste hermana.
¡Es inocente aun! Ven. *A la dueña.*

DOÑA GARCÍA.

Si nos libra,
una dueña le ofrezco á santa Engracia.

ESCENA X.

EL MARQUES. DON DIEGO.

MARQUES.

¿Qué me acaban de contar?
Con que Elvira... ¡vive el cielo!
¿Y un miserable hidalgüelo
su esposo se ha de llamar?
¿Dónde se huyó la traidora?
¿dónde está? Diego, responde...
Si en el abismo se esconde,
ha de morir en la hora.

DON DIEGO.

Hermano, el enojo ten:
escucha primero, y luego...

MARQUES.

¿Tú la defiendes, don Diego?
¿tú su cómplice tambien?

DON DIEGO.

Marqués, marqués, no imprudente
vulneres tu misma honra.

MARQUES.

¡Que aqui calle! ¿Y tal deshonra
es mi hermano quien consiente?
¿Para proteger su esceso
razon en tus libros viste?

DON DIEGO.

Calla ya, que me ofendiste:
no me repitas mas eso.
Los libros que tú supones
despreciables en tal grado,
enseñan, noble entonado,
á vencer nuestras pasiones.
Por ella don Luis entiende

que triunfará de su amor;
que á tener tanto valor
solo en mis libros se aprende.
Esa tu saña, te digo
que es injusta con Elvira.

MARQUES.

¿Cómo asi...?

DON DIEGO.

Cálmate, ó mira
que reñirás hoy conmigo.
Mañana mas sosegado
hablaremos de este punto:
prosigamos del asunto
por qué tanto te has tardado.

MARQUES.

¿Pero quieres...?

DON DIEGO.

No haya mas: *Con brio.*
que la dejes te repito.
¿Es en Elvira delito
ser hermosa por demas?
Acaba tu relacion,
que mucho interes encierra:
¿con que la gente de guerra
tuvo junta en conclusion?

MARQUES.

Siendo ya la noche entrada,
unos cuantos nos hallamos:
vimos el aviso, hablamos,
y despues no hicimos nada.

DON DIEGO.

¿Cómo nada?

MARQUES.

Nada, en fin:
¿pues lo llegaste á creer?
¿tiene el morisco poder
para mover un motin?

DON DIEGO.

No alabo vuestro descuido,
y con sorpresa te escucho,

que el Albayein puede mucho
con vega y ciudad reunido.
Descansar en la victoria
no es de capitan prudente,
que por eso algun valiente
á perder vino su gloria.
¿Mas qué el aviso os decia?

MARQUES.

Que esta noche, si no yerro,
de incendiar trataba el perro
la Alhambra y Chancillería.
¡Patarata! esta semana
otro igual yo recibí,
y despues... espera: aqui
me le dejé esta mañana.

Revuelve la mesa, y halla el papel que escribió don Luis.

No parece: mas ¿qué es esto?
¿qué contiene este papel?
una firma en blanco en él,
¡y es don Luis el que la ha puesto!

DON DIEGO.

¿Cómo dices?

MARQUES.

Me sonrojo:
mira, mira. *Dándosele.*

DON DIEGO.

¿Qué he leido?
¿Luego otra vez ha venido...?
Ya con él, por Dios, me enojo.
Tambien su daga... *Viéndola.*

MARQUES.

¡Eso mas!
¿Y aun defiendes la villana?
¿de ese modo, infame hermana,
mi honor agraviando estás?

DON DIEGO.

No te exaltes.

MARQUES.

Todo es vano:
ha de morir, lo aseguro:

con ella misma te juro *La toma.*
que ha de morir por mi mano.

DON DIEGO.

Marqués, ten.

MARQUES.

¡Aparta!

DON DIEGO.

Atiende...

MARQUES.

Nada escucho: ¡loco estoy!
ha de morir la que hoy
mancillar mi honor pretende.

Vase por la puerta de la derecha.

DON DIEGO.

Oye... escucha... genio audaz...
¿Cómo don Luis tal intento...
Parto tras él al momento,
que de matarla es capaz.

ESCENA XI.

DON LUIS saliendo del gabinete.

DON LUIS.

¿De matarla? ¿Y tanta injuria
oye paciente Leon?
Como nunca, al corazon
le siento latir de furia.
No mas estar escondido:
no, que á defenderla corro.
¡Mondejar! *A voces.*

ESCENA XII.

Oyese ruido adentro. Salen DOÑA ELVIRA *y* DOÑA GARCÍA *despavoridas.*

DOÑA ELVIRA.

¡Don Luis, socorro!
¡Ved! esta mano me ha herido.
Enseñándole una mano herida.

DON LUIS.

¿Os hirió? ¡fiereza loca!
esa sangre anuncia... muerte...
Ella en tigre me convierte,
y vengarla ahora me toca.
No temas... ¡Marqués! *Llmándole, y sacando la espada.*

ESCENA XIII.

DICHOS. EL MARQUES con la daga en la mano, y DON DIEGO sujetándole.

MARQUES.

¡Infame! *Sin verle.*

DON DIEGO.

Deja... ¡Don Luis! *Le ve ahora, y queda sorprendido.*

MARQUES.

¡Que esto vea!
¿Cómo, traidor... *A don Luis.*

DON LUIS.

Sangre sea: *Adelantándose.*
sangre por su sangre dame.
A muerte el combate quiero:
reñid.

MARQUES.

¿Y vos...? *Ciego de furia.*

DON LUIS.

A luchar,

que no es de nobles hablar
cuando reluce el acero. *Riñen.*

DOÑA ELVIRA.

¡Esperad...! ¡negro destino! *Corriendo á detenerlos.*
Hermano, tú... *A don Diego, que permanece en su sitio.*

DON DIEGO.

Quita, ingrata;
que si el marqués no le mata,
yo matarle determino.

DOÑA ELVIRA.

Con que nadie... ¡por piedad...! *A ellos.*

MARQUES.

Huye, vil... me hirió, don Diego. *Cae en brazos de éste.*

DOÑA ELVIRA.

¡Ay, qué miro!

Cae desmayada junto á una silla, y la socorre doña García.

VOCES DENTRO.

¡Fuego, fuego!

Oyese rumor y cajas á lo lejos.

ESCENA XIV.

DICHOS. TRISTAN con muchos soldados con hachas y armas.

TRISTAN.

Señor, señor, la ciudad... *Saliendo.*
Mas ¿qué es esto...? ¿Qué enemigo...?
El ha sido... Don Luis fue:
prended al traidor. *A los soldados.*

DON LUIS.

No á fé,
que el infierno va conmigo.
¡huid!

Huye por la puerta de la derecha, defendiéndose de algunos soldados que le persiguen.

TRISTAN.

¡Matadle! — ¡Señor! *Al marqués.*
Ni respira ni se mueve.

DON DIEGO.

Parece su herida leve,
aunque le priva el furor.
Sostenle bien.

Crece ahora el ruido: suenan tiros de arcabuz, y la campana de la Vila toca precipitadamente á rebato.

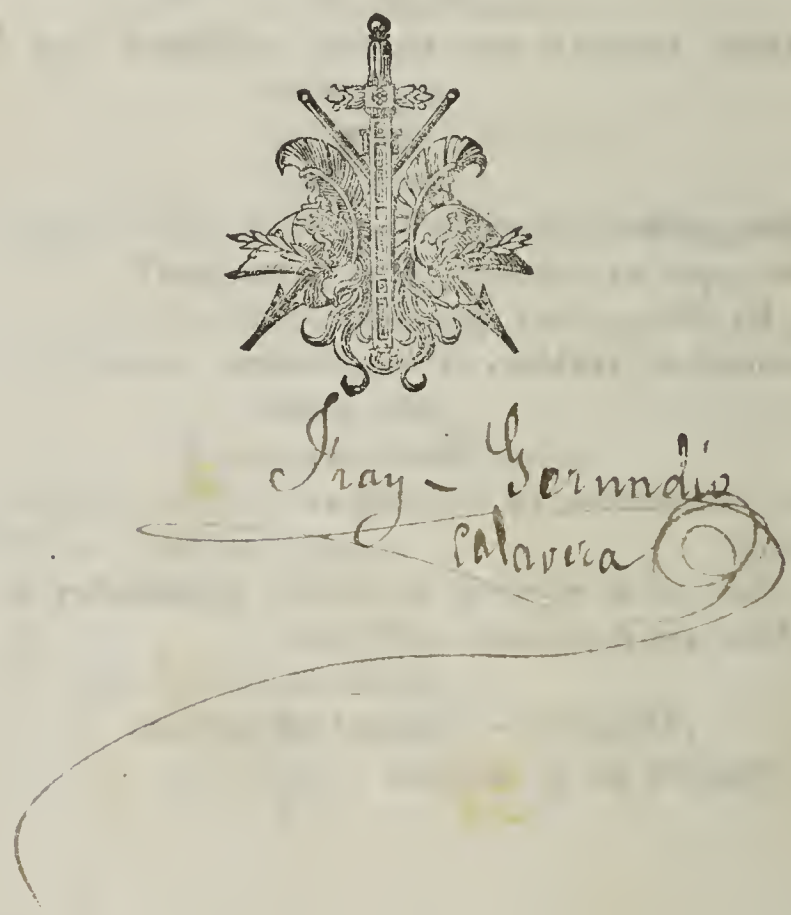
OTRAS VOCES DENTRO.

¡Guerra, guerra!

DON DIEGO.

¿Qué es esto? Si no me engaña...
incendian la Alhambra. ¡España,
cierra contra el moro, cierra!

Vense algunas llamaradas de fuego. Don Diego saca la espada, y se entra por la puerta de enmedio. Los soldados empiezan á seguirle, y cae el telon.



ACTO CUARTO.

Claustro del convento de San Agustin de Salamanca. Al frente una puerta de entrada; a la derecha una escalera que conduce al segundo piso del edificio; á la izquierda la entrada para la iglesia. Descúbrense en el mismo claustro un altar de la Concepcion, alumbrado por una lámpara, y la puerta del cementerio. A sus inmediaciones un confesonario y escaños. Al empezar la escena óyese un repique de campanas, y véuse varios fieles y religiosos vestidos con hábito blanco (1) cruzar por el teatro en distintas direcciones. A poco aparece la comparsa de estudiantes, presidida por Ruiz y Quiñones, tirando los sombreros, gritando y punteando una guitarra. El órgano suena de cuando en cuando dentro del templo.

ESCENA PRIMERA.

ESTUDIANTES.

¡Victor, fray Luis de Leon!

RUIZ.

Victor, amigos: que siempre,
como honrado es por nosotros,
honrado su nombre suene.

TODOS.

¡Victor! ¡victor!

QUIÑONES.

Ruiz, ¿qué letra
le pusiste?

RUIZ.

¿No la lees? *Mirando hácia afuera.*
"Don Luis de Leon, prodigio

(1) Escusado nos parece recordar que el hábito que usaban los agustinos dentro del convento era blanco.

»que en Granada vió su oriente,
»hoy del mundo se retira,
»que el mundo no le merece."

QUIÑONES.

¡Famoso victor!

RUIZ.

Y tanto,
que si alguno osado fuere
para quitarlo, conmigo
debe de andar á cachetes.

QUIÑONES.

Conmigo tambien.

TODOS.

Con todos.

QUIÑONES.

¡Bravo! ¡bravo! Pues comience
el señor bachiller Ruiz,
si de ello no se ofendiere,
á referirnos las honras
con que obsequiarle pretende
nuestro claústro.

RUIZ.

Soy contento.
El catedrático Mendez
me las ha dicho hace poco.
¡Chicos, silencio! Bedeles,
escolares y doctores
con el rector á su frente
irán á la profesion:
hora de cita, las siete.

TODOS.

¡Viva la universidad!

RUIZ.

Honor es que pocas veces
acostumbra conceder
la de Salamanca.

QUIÑONES.

Debe
de justicia dispensarle,
que el novicio la envanece.

¿Quién á argumentar con él
en nuestras aulas se atreve?
¿Quién en súmulas...? al caso:
¿qué haces, Prieto, que no lees
esos versos que en su elogio
hizo el maestro Brocense?

RUIZ.

¿Cómo versos?

QUIÑONES.

Y muy lindos:
los canta pulidamente,
y tienen un son que hechiza.
Si cantárnoslos quisiese...

RUIZ.

¿Qué es querer?

ILLICO.

Mando
que la guitarra se temple.
Sentadse, chicos, sentadse.

QUIÑONES.

Sentémonos, pues, y empiece.

Siéntanse sobre los manteos, y canta un estudiante acompañándose con la guitarra.

VOZ.

"De los engaños del mundo
»huye fray Luis de Leon;
»que en el mundo es humo todo,
»todo en él es ilusion."
Dióle el cielo claro ingenio,
dióle tierno corazon;
pero no le dió fortuna,
no le dió suerte en amor.
"De los engaños del mundo

Si pareciere, esta última estrofa y las siguientes podran ser repetidas por un coro de estudiantes.

»huye fray Luis de Leon;
»que en el mundo es humo todo,
»todo en él es ilusion."

Aplauden los estudiantes, y continúa la voz.

Bajo el sayal en amores

se abrasa su corazon;
que un Serafin desde el cielo
para rendirlo bajó.
En Granada aparecido,
era de Granada el sol:
fue á tocarle, y hasta el cielo
el Serafin se voló.
"De los engaños del mundo
»huye fray Luis de Leon;
»que en el mundo es humo todo,
»todo en él es ilusion."

UNOS ESTUDIANTES.

¡Bravo! ¡bravo!

OTROS.

Siga, siga.

QUIÑONES.

¡Otra, sí, otra!

RUIZ.

¿Otra quieren?
Pues, *nemine discrepante*,
que otra cante se resuelve.

CANTA LA VOZ.

Á la celda solitaria
corre el mísero amador;
que despues de amar á un angel
solo puede amarse á Dios.
Punza su carne el cilicio,
ayuna de sol á sol;
y aun asi tal vez rebelde
late su pecho de amor.
"De los engaños del mundo
»huye fray Luis de Leon;
»que en el mundo es humo todo,
»todo en él es ilusion." *Aplauden y se levantan.*

RUIZ.

Linda letra: muy á fondo
está enterado en la suerte
de don Luis el que la escribe.
¡Lástima que esos reveses
amarguen su juventud!

¡Ah mundillo! y ¡ah mugeres!
¿Quién habrá que no... Quiñones,

Aparece una ronda con linterna, y queda parada en la puerta de la calle como observando á los estudiantes.

¿me sabrás decir tú quiénes
son esas figuras?

QUIÑONES.

¿Yo?
Á lo que de aqui parece
es una ronda.

RUIZ.

Seguro:
y la del esbirro herege
que nos persigue. ¡Canalla!

QUIÑONES.

No hayas miedo que aqui entre:
este es un lugar inmune,
y jurisdiccion no tiene
para entrar con vara.

RUIZ.

Sí:
vé á detener á un corchete
con testos y decretales.
¿No los ves? hácia aqui vienen. *Se adelanta la ronda.*

QUIÑONES.

Huyamos.

RUIZ.

Tened, muchachos:
haced todos lo que hiciere,
y en el último conflicto,
salus nobis dabunt pedes.

ESCENA II.

ALGUACIL, RONDA y DICHOS.

ALGUACIL.

Buenas noches, reyes mios.

RUIZ.

Ténganlas vuesas mercedes
muy venturosas.

ALGUACIL.

¿Sabrán
decirme por qué se atreven
á profanar estos sitios?
¿Esperan á recogerse
cuando las dos hayan dado?

RUIZ.

Yo, señor... el caso es ese...
Ya se ve... como la noche
es tan tenebrosa y mete
un miedo que espanta... ¡pues!
esperábamos adrede
á vuesarcé con su luz
por si dárnosla consiente.

ALGUACIL.

¿Cómo dársela? ¿se burla?

RUIZ.

¿Qué es burlarse? ni lo piense.
Ello... digo... ¿con que á tientas
hemos de marcharnos?

ALGUACIL.

¿Vuelve
otra vez...

RUIZ.

No: no se enoje:
somos todos obedientes;
pero si á oscuras nos vamos...
á oscuras la ronda quede.

Tira el sombrero á la linterna, cae apagada, y huyen los estudiantes.

ALGUACIL.

¡Favor al rey!

RUIZ.

Huyendo.

Perro esbirro,
dos mil demonios te lleven. *Vanse todos.*

ESCENA III.

Sale ahora la comunidad del templo, y se arrodilla ante la imagen de la Concepcion. Permanece asi un breve rato, y en seguida se levanta y sube por la escalera, quedando solos EL PADRE PRIOR *y* FRAY LUIS, *que continúa de rodillas delante de la Vírgen.*

PADRE PRIOR.

Hermano Luis, venga acá.

FRAY LUIS.

Levantándose, y postrándose de nuevo ante el prior.

Padre, á vuestros pies humilde...

PADRE PRIOR.

Levante del suelo, hijo:
estan cerca de cumplirse
sus esperanzas. El padre
general, segun ya dije,
le dispensa la licencia
que con tanto afan le pide.
Tres meses de noviciado
le quedaban, y permite
que atenta su vocacion
pueda profesar. Admire
la bondad de nuestro padre.
Todo cual quereis previne
para mañana: mas antes
no me canso de advertirle
que mire bien lo que hace:
que completamente libre
es su voluntad. Mañana,
despues del voto terrible,
toda esperanza concluye,
toda esperanza es un crimen.

FRAY LUIS.

Padre, en el Señor confio
que mi propósito firme
vencerá las tentaciones.

Dios me oye, y Dios me asiste.

PADRE PRIOR.

Hijo, pensadlo muy bien:
vuestro espíritu, decidme,
¿no desfallece? ¿Flaquea
la débil carne? ¿La aflige
el abandono del mundo?
¿Le parece muy sensible
el sacrificio que Dios
debe mañana exigirle?

FRAY LUIS.

Con suma humildad.

Soy un mísero gusano
que por su clemencia existe.

PADRE PRIOR.

No basta eso, hijo mio:
cuando, por milagro, libre
á favor de aquel rebato,
desde Granada veniste
á Salamanca, os seguía
por donde quiera inflexible
el enojo de Mondejar;
y en un estado tan triste,
como consuelo y asilo
correr al claustro pudisteis.
Hoy vuestra suerte ha mudado,
y al marqués no le es posible...

FRAY LUIS.

¡Padre, padre, por piedad...!
no me acordeis los deslices
de mi loca juventud.
A llorarlos aqui vine,
á eso no mas.

PADRE PRIOR.

Es fuerza.
Yo no quisiera afligirle
ni hablarle mas que de Dios;
pero mis labios dirige
un santo celo: en el mundo
lo mismo que aqui, le sirven

las criaturas. Ha ocho meses
que el hermano Luis me elige
por confesor. Desde entonces
con un fervor tan insigne
á Dios está dedicado,
que siempre que hablarle quise
de la tierra y de sus pompas,
se marchaba por no oirme.
Hoy es preciso, fray Luis,
que ayer de Granada escriben...

FRAY LUIS.

Con impaciencia.

¡Padre...!

PADRE PRIOR.

Ofrecédselo á Dios:
vuestro prelado os prohibe
bajo obediencia que hableis.
Oid sin interrumpirme.
Curado de las heridas
que en aquella noche horrible
recibió de vuestra mano,
el marqués soltó los diques
á su furia, y disponiendo
que trasladasen á Ubrique
á doña Elvira, encerróla
en el castillo que dicen
que tiene alli su familia.
Don Diego, que siempre insigne
en letras, y en mansedumbre,
defender quiso á la triste,
de tal manera enojó
á aquel señor irascible,
que en su prudencia, otro arbitrio
no encontró mas que venirse
á la corte, donde á poco
nuestro buen rey don Felipe
le mandó de embajador
á Venecia. Alli le sirve
con celo tan esmerado,
con tino tan infalible,

que al de docto ya reune
de gran político el timbre.
El marqués, solo en Granada,
dió en pensar que los deslices
de su hermana de tal modo
eran borron de su estirpe,
que huyendo la gente toda
se dice que estaba á pique
de perder ya la razon,
cuando por su mal recibe
una carta de Alburquerque
(que no llegó, como os dije,
porque en Madrid cayó enfermo)
en que con denuestos miles
le insulta altivo; que sabe
todo el lance le repite;
y traidor y mal hidalgo
llama al marqués en despique.
Este luego la leyó,
y sensacion tan terrible
le causó su contenido,
que trastornado de firme
su cerebro, cayó en cama,
y hace dias que me escriben
que falleció. Por su muerte
doña Elvira quedó libre;
y cuando todos creían
que á Granada determine
volverse, con gran secreto
sale una noche de Ubrique,
y sin otra compañía
que la dueña que la asiste,
y Orellana que leal
en su infortunio la sigue,
se ausenta de aquel castillo
sin dejar rastro que indique
hácia qué parte ó lugar
con tal misterio camine.
Hay quien dice que á Venecia
con don Diego se dirige:

hay quien supone tambien
(y no es del todo increible)
que cansada ya del mundo,
á Dios dispone servirle
en el claustro: que en Madrid
las religiosas del Cister
la esperaban hace tiempo;
que oculta con ellas vive,
y el velo secretamente
recibir alli decide.
Pero en fin, y aun suponiendo
esto lo mas verosímil,
lo que cumple á mi intencion,
hermano Luis, repetirle
es, que aun vive doña Elvira;
que el de Mondejar no existe;
que don Diego es el tutor,
segun las leyes civiles,
de su hermana, y si don Luis
quisiera restituirse
al siglo, tal vez pudiera
hacer que sus santos fines
olvidase doña Elvira:
que no tan facil se estingue
una pasion que en la infancia
tuvo, cual la vuestra, origen.
Estas advertencias son
las que me impele á decirle
mi deber, para que vea
si despues de ellas insiste
ó no en profesar. Bien nota
que no es su suerte tan triste;
que aun puede el mundo ofrecerle
años en él mas felices.
¿No me escucha, hermano Luis?
¿Permanece asi insensible
cuando á mejor esperanza
pudiera su pecho abrirse?

FRAY LUIS.

Padre, mi esperanza es Dios:

él me ha dado para oirle
la suficiente firmeza:
él la reciba en desquite
de mis muy graves pecados.
Harto en el mundo ofendíle
para pensar mas en él:
cuando del mundo aqui vine,
juré á Dios morir aqui.
Mi vocacion infalible
es el claustro: vedlos, padre,
mis amores alli existen. *Señala á la Virgen.*

PADRE PRIOR.

¡Bendita tal vocacion!
¡Bendita, gran Dios! Permite,
deja que te estreche, hijo,
y este abrazo que recibes *Le abraza.*
te le den luego en el cielo
los ardientes querubines.
El espíritu de Dios
en este punto me asiste,
y tu gloria venidera
por mi labio te predice.
Tú de la iglesia serás
fanal que en el monte brille;
tú de los sagrados valles
flor que nunca se marchite.
No lo dudes, no; tus votos
benigno el cielo recibe,
y en el libro de la vida
tu nombre Agustin escribe.

FRAY LUIS.

Humilde.

¡Padre, padre...!

PADRE PRIOR.

Sí, hijo mio:
una vocacion tan firme
no viene mas que de Dios.
Segun la regla prescribe
debes pasar en el templo
toda la noche; yo quise,

cuando entré aqui de prior,
á esta costumbre añadirle
la de que abierto á ambos sexos
quedase el claustro: mis fines
bien los podrás inferir,
que no en todos Dios imprime
la vocacion que por dicha
en tí mis ojos distinguen.
¿Oyes...? Son las tres: me llaman. *Suena una campana.*
Si asaso el sueño te rinde,
que alli reposes un poco *Señala á los bancos.*
tu prelado te permite.
A Dios otra vez: recuerda
que ya del mundo saliste;
que apenas apunte el sol
un juramento terrible...
No mas te quiero decir:
porque el Señor te ilumine
voy á rogar á mi celda:
quede contigo la Vírgen.

ESCENA IV.

FRAY LUIS.

"Ya para el mundo no vivo;"
"ya no vivo:" harto lo dice
este corazon, que mustio
ni palpita, ni se aflige,
ni da de existir indicios.
¡Ah! ¡para haber de rendirle
cuántas lágrimas vertí!
¡Cuántas veces ¡ay! sentíle
palpitar rebelde aun,
mientras que al rigor horrible
de penitencias crueles
vi mis fuerzas estinguirse!
¡Cuántas, cuántas! ¡infeliz!
¡profanar tu oracion viste

un recuerdo...! Me estremezco:
¡tú perdonarle te dignes;
tú le perdones, Señor,
que por mí tu sangre diste!
—¡Qué soledad! ¡qué silencio!
ni un sonido se percibe
que le turbe. ¡No hace un año...
en la Alhambra... alli... jardines...
juventud... bullicio...! ¡Ahora...
todo como yo insensible...!
Nada respira: esa luz
moribunda, ya se estingue.
Alli el templo... el cementerio...
Mas allá... No: en los confines
de la eternidad no reina
mayor silencio: ¡imposible!
El mismo tal vez... ¿Quién sabe?
—¡Cuánto tiene de sublime
para mí la soledad!
en ella solo recibe
mi corazon un consuelo...
A morir en ella vine,
á morir; y... sin embargo...
á veces juzgo... me oprime
tanto desaliento... ¿Yo...?
con un genio que consigue
alzarse audaz hasta el cielo:
¡yo, en mis años juveniles
quedar para siempre aqui!
¡ver en este claustro el límite
de donde jamas saldré!
¡morir cual esos reptiles
que abarcan de una mirada
todo el espacio en que viven!
¡Espantoso sacrificio...!
¡sacrificio atroz, horrible...!
—¿Sacrificio...? ¿y en el mundo
qué puedo hallar que me incite
á vivir, á desearle?
¡Menosprecio... orgullo... crimen...

remordimientos... don Diego,
marqués, doña Elvira! ¡Tristes,
tristes víctimas las tres
que yo en mi delirio hice!
Víctimas ¡ay! que de Dios
ante el tribunal terrible
me acusarán, y... ¿por qué?
¿es mi culpa que por viles,
por necias preocupaciones
mísero el hombre se agite?
¿Es mi culpa si soberbios
antes mueren que transigen,
y á mí de mansa paloma
me forzaron á ser tigre?
¿Lo será que abra la muerte
una esperanza...? ¡Qué dije!
¡Con qué ilusion el infierno...!
¡cómo tiemblo...! ¡Ah! no retires
de mí tu auxilio, Señor:
tu mano me fortifique.
No me abandones. ¿No ves
cómo el abismo sonrie?
¿no le ves? ¿Dónde tu gracia,
dónde de mí la escondiste?
¿adónde, Señor? Aqui,
aqui tu gracia reside.

Corre á abrazarse de la imagen de la Concepcion.

¡Vírgen que en trono de estrellas
te sientas junto al Señor:
Vírgen delicia del cielo:
Vírgen pura mas que el sol!
Tú, consuelo, tú, esperanza,
tú, madre del pecador;
tuya tambien es mi vida;
tuyo, sí, mi corazon:
Vírgen, escucha apacible:
atiende, madre, á mi voz:
no mas amor de la tierra,
de tí sola es ya mi amor.
De tí, que en trono de estrellas

te sientas junto al Señor:
de tí, delicia del cielo,
de tí, pura mas que el sol.

Prosigue separándose de la Virgen.

Sí: la oracion siempre alivia
mi corazon, y de un peso
le siento descargarse... ¿yo?
¿Yo pensar mas que en el cielo?
Morí, morí para el mundo;
él me lanzó con desprecio,
y con desprecio tambien
yo le abandono.—Este fresco
anuncia ya la mañana
dentro de pocos momentos...
Mis fuerzas ceden... sin duda...
la vigilia, el sentimiento...
no puedo mas... ¡Padre mio,
yo á tu amparo me encomiendo!

Recuéstase dentro del confesonario, y queda dormido.

ESCENA V.

FRAY LUIS recostado. DOÑA ELVIRA, y DOÑA GARCÍA conteniéndola. UN ESCUDERO las acompaña, y se retira en cuanto entran en el claustro.

DOÑA GARCÍA.

¿Adónde, señora...

DOÑA ELVIRA.

Retira: ¡jamas!
aqui está don Luis,
aqui le he de hablar.

DOÑA GARCÍA.

Señora, tal yerro
por Dios reparad:
¡del claustro el silencio
asi profanar!
¡Pisar estos sitios
de mística paz,

con un pecho lleno
de amor mundanal!
Por Dios, doña Elvira,
en vos misma entrad.

DOÑA ELVIRA.

No, quita: las puertas
abiertas estan:
la suerte protege
mi temeridad.
Si tú tiemblas, huye,
yo sola he de entrar.

DOÑA GARCÍA.

¡Dejaros, señora,
en tal soledad!
mi lengua indiscreta
causó vuestro mal.
De daños sin cuento
mi necia lealtad,
origen fue triste,
origen fatal.
Por eso en serviros
se cifra mi afan;
mas no yerro á yerro
querais agregar.
Apenas llegamos,
momentos habrá,
nos ve Salamanca
sus calles pisar.
Miradlas desiertas:
do quiera mirad
silencio, tinieblas,
pavor y no mas.
Volvamos, seguidme,
venid, descansad.
Del fiel Orellana
el celo sagaz,
secreto aposento
buscado tendrá.
Mañana mas facil
podréisle buscar:

mañana... veníos;
venid por piedad.

DOÑA ELVIRA.

¡Que ceda pretendes,
que vuelva yo atras,
cercano ya el logro
de tanto anhelar!
No: nunca: cien leguas
con tímido afan,
cien leguas por eso
osé atravesar.
¿Cobarde recelas?
¿te espantas quizá
de tanto silencio,
de tal soledad?
Yo no, que á mi esposo
en ella he de hallar;
esposo, no dudes,
por siempre leal.
Con sangre sus votos
escritos estan.
¿Los ves...? Dios testigo: *Le enseña un papel.*
su honor el altar.

DOÑA GARCÍA.

Señora...

DOÑA ELVIRA.

¡Insensata!
¿qué, di, lograrás,
si aqui de amor siento
la llama voraz?
¿Tal vez de mi cuna
me quieres hablar?
¿ó bien mi inocencia
espuesta creerás?
Lo sé: que la ofendo
el mundo dirá;
mas Dios, no ese mundo,
nos ha de juzgar.
Don Diego á Venecia
correr nos verá,

pidiéndole humilde
amparo y piedad.
Don Diego benigno
nos le otorgará,
que siempre en don Diego
brilló la bondad.
Y ¿tanta esperanza
vendrán á estorbar
menguadas costumbres
del mundo falaz?
"Al tímido ingenio
» los siglos dirán,
» Elvira inocente
» amó con lealtad.
» Por ella su lira
» volvió á resonar:
» tambien de ella sea
» el nombre inmortal."
Asi, no lo dudes,
juzgando otra edad
mi amor, si es delito,
me perdonará.
—¡Silencio! ¿descubres
alli claridad?
El templo... sin duda...
¿no ves un altar?

DOÑA GARCÍA.

Huyamos, señora:
¿sereis tan audaz...

DOÑA ELVIRA.

¡Audaz! ¿de quien ama
lo puedes dudar?
Tal vez ahora mismo
orando estará:
tal vez llanto inunda
su pálida faz:
tal vez ¡ay! le oprime
congoja mortal,
y huésped del cielo
le viene á alentar.

DOÑA GARCÍA.

Por Dios, doña Elvira...

DOÑA ELVIRA.

¡Aparta! no mas:
los ángeles puros
siguiéndome van,
que allá en el empíreo
su oficio es amar. *Entra en el templo.*

ESCENA VI.

DOÑA GARCÍA.

¡Elvira! es en vano:
¡ay! siento un pavor...
¡Violar de ese modo
el templo de Dios!
¡Cuán triste fue el fruto
de mi indiscrecion!
¡ay! ¡cuán desgraciada
Elvira nació!
Sus plácidos años
marchítanse en flor,
sujeta al capricho
de hermano feroz.
Su muerte la salva
de horrenda prision;
y hierros mas fuertes
la pone el amor.
Por él deslumbrada
perdió la razon;
por él sacrifica
la triste su honor.
Ya tarda... estos sitios...
me oprime un terror...
¡Elvira...! ¡Señora...!
albricias; volvió.

ESCENA VII.

DOÑA GARCÍA, y DOÑA ELVIRA saliendo del templo.

DOÑA ELVIRA.

No está: cuidadosa
corríle por cierto,
y el templo desierto
inspira pavor.

DOÑA GARCÍA.

¿Lo veis? os lo dije:
volvamos, ya es hora;
salgamos, señora,
no mas detencion.

DOÑA ELVIRA.

Espera... un instante...
¿Que entramos ha tanto?
¡percibo un encanto
en esta mansion!
Aqui mas sereno
mi pecho respira;
¡ay! deja que á Elvira
la encuentre aqui el sol.

DOÑA GARCÍA.

Señora... ya basta:
¿osais pensar eso?
¿Perdisteis el seso?
¿Perdeis la razon?
¿Quereis que la fama
publique insolente... *Suena una campana.*
¿Ois...? viene gente,
huyamos por Dios. *Se la lleva.*

ESCENA VIII.

FRAY LUIS como despertando de un sueño, y EL PADRE PRIOR, que aparece á su tiempo.

FRAY LUIS.

¡Detened! ¡detened! ¡Elvira! ¡Elvira! *Ahora se levanta.*
¡Elvira de mi amor...! ¿mas cómo? ¿adónde?
Aqui estaba... aqui estaba: sí; mis ojos...
¡Ah! ¡dádmela! ¡piedad!

Al padre prior, que baja por la escalera.

PADRE PRIOR.

Fray Luis, ¿qué hace?
¿Por qué esa turbacion? ¿No me responde?
¿Qué teneis? Levantad: pálido, frio...

Levantándole del suelo, donde se arrodilló en su enagenamiento.

un sueño fue sin duda.

FRAY LUIS.

¡Padre mio! *Volviendo en sí.*
un sueño fue y no mas: sí, sueño, sueño,
aqui mismo, aqui mismo...

PRDRE PRIOR.

Racobraos.
La vigilia, el ayuno, del infierno
acaso tentacion... hijo, calmaos.

FRAY LUIS.

¿Del infierno? No padre: era de gloria,
era vision del cielo, mas tan dulce...
tan profunda, tan viva... Desvarío...
¡Perdon, señor, perdon! ¡ay! sin tardanza
vamos al templo, padre, vamos luego:
quizá con Dios encontraré sosiego. *Empieza á amanecer.*

PADRE PRIOR.

Eso sí: con su auxilio el hombre alcanza
reposo y bendicion. Fuente es de vida,
origen de salud y de esperanza.
¿Os sentis mas tranquilo? Era forzoso:

invocásteis su nombre con fé pura,
y huyó la tentacion y su amargura.
Vamos al templo luego. Ya amanece:
id, y que al punto la funcion empiece.

Dirigiéndose á un lego que ha aparecido por el claustro.

¿Oiga, hermano Saturio? es necesario
que el padre sub-prior diga la misa,
que á mí al confesonario
asistir, como siempre, me precisa.

Vase el lego, y repican las campanas del convento.

¿Ois, hermano Luis? esas campanas
anuncian vuestro entierro: al mundo muerto
un cadáver sois ya, pálido y yerto.
¿Os aterrais quizá? ¿quereis la vida?

FRAY LUIS.

¡Vida! ¡vivir! en mi espantosa suerte,

Con cierto despecho.

¿qué dádiva mas grata que la muerte?
Yo la acepto, mi Dios; tú me la envias:

Con resignacion.

yo en tus brazos dulcísimos me arrojo,
y á tí, que me criaste, á tí me acojo.

Entrase en el templo: empiezan á presentarse algunos fieles y religiosos.

ESCENA IX.

EL PADRE PRIOR.

Marcha en paz, alma justa: llega al templo,
y el Eterno propicio
acepte tu sublime sacrificio.
Un corazon tan puro como el tuyo
no era del mundo, no: Dios por lo mismo
le reclamó á su tiempo como suyo.
Hermanos, adelante, *A la comunidad, que entra en la iglesia.*
llegó ya de sus votos el instante.

El padre prior permanece aun en el claustro. - Despues de una breve pausa, durante la cual se oye el órgano, que continúa á intervalos en toda la escena.

Padre benigno, que amoroso escuchas
al afligido que tu amparo invoca;
Padre, en quien siempre el pecador encuentra
misericordia.
Yo, tu ministro, tu clemencia imploro,
esa clemencia que jamas se agota,
para el mancebo que en tus dulces brazos
triste se arroja.
Vedle en el templo renunciar humilde
amor, aplausos y mentidas pompas,
y huir del mundo cual del buitre huye
débil paloma.
Padre amoroso, por el fiel novicio
oye las preces que tu iglesia entona,
y allá en el cielo con tus santos dale
plácida gloria.

Entrase tambien en el templo.

ESCENA X.

Durante esta y la anterior, cruzarán varios frailes por el claustro. Preséntanse entre ellos los estudiantes RUIZ *y* QUIÑONES *solos.*

QUIÑONES

De prisa, hermano Ruiz: ¡ay qué pecado!
¿no ve que nuestra falta habrán notado?

RUIZ.

¿Qué falta ni qué sobra, ¡por mi abuela! *Soñoliento.*
si he pasado la noche toda en vela?
El alguacil... la ronda... ¡cuánto apuro!
no me doy á estas horas por seguro.
¡Ay qué sueño!

Tiéndese en un escaño de los inmediatos al confesonario.

QUIÑONES.

¿Y se tiende? ¡vaya en gracia!
pues digo que me gusta su eficacia.
Nuestro amigo Leon ahora profesa,
¿y su prisa por verle es toda esa?
Levante el perezoso.

RUIZ.

Sí: mañana.

QUIÑONES.

¿Qué apuesta que le rompo la sotana?

Forcejando con él.

RUIZ.

Oiga, Quiñones, ¿para qué es cansarme?
No pienso de este escaño mencarme.

QUIÑONES.

¿Eso dice? pues bien, adentro voy:
á ver como no duerme todo hoy.
¡Aparte, bruja, allá!

Al dirigirse á la iglesia tropieza con una beata.

BEATA.

Mire, insolente:
¿es modo de tratar ese á la gente?
¿A mí bruja, bellaco?

QUIÑONES.

No se asombre,
que quizá la acertaba con el nombre.

BEATA.

¿Con el nombre...? ¡yo tal...! ¿yo que confieso
con el padre fray Justo Valdivieso?
¿A mí, que dada á Dios en sacrificio,
me visita un señor del santo oficio?
Por vida de la cruz de mi rosario
que me la pague el cuervo estrafalario.

Va á acometerle.

QUIÑONES.

¡Aparte, encorozada!

BEATA.

¿No es bastante?
Ha de probar mis uñas el vergante. *Arañale.*

QUIÑONES.

Huyendo hácia el escaño donde duerme Ruiz.

Arredro, Celestina, vision fiera...

Cae sobre Ruiz, que despierta.

RUIZ.

¿Qué es esto...? Vaya allá, vieja hechicera.

Empujándola, y acometiéndole tambien.

BEATA.

¿Hechicera? Rufian...

RUIZ.

Huya de fijo:
¿qué va que de una coz le desvencijo?

BEATA.

¿A mí...? primero...

RUIZ.

Atras: váyase pronto.

Vase la beata al templo.

Respóndame, Quiñones, ¿qué fue desto?

QUIÑONES.

¿Qué ha de ser? de arañazos media azumbre
en muestra de cristiana mansedumbre.
La dije no sé qué, y un basilisco
la hija se volvió de san Francisco.

RUIZ.

¿Haya tal? Y la bruja engañodora...
¡Pues no te sacó sangre la traidora!

Limpiándosela Quiñones.

Vamos adentro, vamos á buscarla.

QUIÑONES.

¿Qué? si será imposible el encontrarla.
¿No ves que por el pacto que la liga
se podrá convertir hasta en hormiga?

RUIZ.

Por vida de... ¡que mi sueño haya turbado
ese engerto de fraile y de pecado!
Vamos tras ella, ven: no ha de escaparse,
aunque quiera en mosquito transformarse.

Vanse á la iglesia.

ESCENA XI.

Vuélvese á oir el órgano dentro de la iglesia, y disminuye ya la entrada de los fieles. Sale del templo EL PADRE PRIOR *asistido de un lego, que se retira cuando aquel cesa de hablar.*

PADRE PRIOR.

No hay bullicio en el claustro. Si preguntan *Al lego.*
por mí los penitentes, que allí espero.
Señalando al confesonario.
Oiga su caridad: dentro de poco
acabará la profesion: le advierto
que el convite, novicio y padres graves
en la celda prioral hallen dispuesto
un desayuno humilde. ¿Lo entendísteis?
Nada de lujo; sencillez y aseo.
Escuche todavía: cuando salga
la procesion al claustro, paz, silencio,
meditacion profunda.

Vase el lego, y el padre prior se sienta en el confesonario. A poco saca un libro y lee atentamente.

ESCENA XII.

EL PADRE PRIOR *en el confesonario.* DOÑA ELVIRA. DOÑA GARCÍA.

DOÑA ELVIRA.

Con la mayor alegría.
¿Ves, amiga,
ves tú cómo mi amor protege el cielo?
Era puro, era justo. ¡Hermano mio!
Don Luis...

DOÑA GARCÍA.

Pero, señora, ¿qué suceso

os enagena asi? Consigo apenas
que podais conciliar un poco el sueño,
cuando el fiel Orellana, que advertido
dispuso que de Ubrique aqui al momento
vuestras cartas mandasen, os da una,
cuya lectura que os trastorna creo.
¿Qué contiene? decidme...

DOÑA ELVIRA.

¿No lo alcanzas?
¿No te dijo mi súbito contento,
mi locura, mi júbilo, que encierra
toda la dicha que en el mundo anhelo?
Véla aqui: véla aqui: toma... tú misma...
mas no, que repasarla otra vez quiero. *Lee.*

"Hermana doña Elvira: acabo de saber la muerte del marqués, y este desgraciado acontecimiento, que me ha llenado de amargura, me ofrece sin embargo la oportunidad de aliviar tu suerte, harto desgraciada en los primeros años de tu vida. El honor de nuestra casa, tu propia felicidad, todo, en fin, exige que des la mano á don Luis, y el primer uso que quiero hacer de mi autoridad como tu tutor, es mandarte que asi lo ejecutes inmediatamente. Adjunta te remito la escritura de licencia, y otra de cesion del título y estado de Mondejar para que te sirva de dote, pues yo soy bastante rico con las gracias del rey, y bastante filósofo tambien para aspirar á otros timbres que á aquellos que sepa adquirirme por mis servicios á la patria. Esta te la dirijo duplicada, á Granada y á Ubrique; y si S. M. me concede su permiso, tendré el gusto de abrazarte dentro de muy pocos meses. Entre tanto sé feliz, Elvira mia, y ama mucho á tu hermano, que te quiere siempre cuanto esta carta lo demuestra. Venecia 15 de diciembre de 1543. = Don Diego. = A doña Elvira Hurtado de Mendoza, marquesa de Mondejar."

DOÑA GARCÍA.

Atónita me deja lo que escucho.

DOÑA ELVIRA.

Yo misma, yo lo palpo, y no lo creo.

¡Soy feliz! ¡soy feliz! ¡hermano, hermano!

Besa la carta.

mas que la vida á tu bondad le debo:
¡mucho mas...! ¡mucho mas...! vamos al punto:
¿adónde está don Luis? ¿dónde? en el templo,

Vuelve á sonar el órgano.

en el templo ha de estar... ¿oyes, amiga?
Sí, vamos en su busca.

DOÑA GARCÍA.

¡Deteneos!
¿Qué, pretendeis, señora, de los fieles
el sosiego turbar...? ¿veis? es inmenso
de la iglesia el concurso. No es posible...
Santo del orden, ó quizá del pueblo,
ó voto ó devocion... aqui tranquilas
un momento que salgan esperemos.

DOÑA ELVIRA.

¡Tranquilas! ¡un momento! ¡ay! tú no sabes
cuánto puede sufrirse en un momento.
No lo sabes... no: ven: ¡don Luis! *En voz alta.*

DOÑA GARCÍA.

Señora...

Tapándole la boca.

DOÑA ELVIRA.

¡Apártate! — ¡Don Luis! *A gritos.*

PADRE PRIOR.

Acercándosele.

Perdon, si llego
tal vez á interrumpirla. Ya hace rato
que desde alli su agitacion observo.

DOÑA ELVIRA.

Con viveza.

¡Callad! ¡ay! os envia
para mi bien el compasivo cielo:
todo anuncia virtud, todo... esa frente...
Sí: dádmele: aqui está.

PADRE PRIOR.

Pero ¿qué objeto...?
¿por quién me preguntais?

DOÑA ELVIRA.

¿Por quién? no dije...
¿dudais de mi verdad, de mis derechos...?
Vedlos aqui, tomad: yo le reclamo.
Presentándole unos papeles.
¡Ay! dádmele: leed.

PADRE PRIOR.

Tomándolos.

¡Gran Dios, qué veo!
Corre á asomarse á la iglesia, y retrocede espantado.
¡Doña Elvira! ¡infeliz! ¡ya es todo inútil!

DOÑA ELVIRA.

¿Cómo inútil? pensais que de don Diego...
Es su letra... mirad... mas no: un testigo...
en la iglesia... al instante... *Quiere entrar.*

PADRE PRIOR.

¡Dios eterno! *Deteniéndola.*
¡detened! ¡detened!

DOÑA ELVIRA.

No: de su boca...

PADRE PRIOR.

Poniéndose delante de la puerta.

En el nombre de Dios, yo de su templo
os prohibo la entrada.

DOÑA ELVIRA.

¿Entrar? ¿pues cómo?
Insiste en hacerlo.

PADRE PRIOR.

En su nombre santísimo, de nuevo *Con voz terrible.*
que no entreis os conjuro.

DOÑA ELVIRA.

¡Madre santa!
tan pecadora soy que no merezco...
dejadme; pero salen... ahora mismo...
parece profesion. *Empieza á salir la procesion.*

PADRE PRIOR.

Cubriéndose la cara.

¡Ah! concluyeron,
concluyeron: ¡huid...! Ya del novicio
oyó Dios el terrible juramento.

DOÑA ELVIRA.

¿Del novicio? ¿pues quién...? Don Luis.... ¡Dios mio!

Presèntase don Luis el último de la comunidad: ella cae desmayada en brazos de doña García.

FRAY LUIS.

Retrocediendo asombrado.

¡Elvira! ¡maldicion! ¡huye...! ¡hasta el cielo!

Entrase en el templo, y cierra sus puertas.

FIN.

Se vende en la librería de Escamilla, *calle de Carretas, donde se encuentran las nuevas publicaciones siguientes.*

Coleccion de novelas históricas originales españolas: 29 tomos, á 8 rs. cada uno en rústica y 10 e pasta.

Fígaro: coleccion de sus artículos y demas obr dramáticas, literarias, políticas y de costumbre consta de trece tomos en octavo.

Panorama matritense: cuadros de costumbres d la capital, observados y descritos por un Curios Parlante: dos tomos en 8.º marquilla con cuatro b llas láminas, su precio 40 rs. en rústica y 46 e pasta.

Coleccion de comedias del teatro moderno, cuy títulos espresan los catálogos que se dan gratis en indicada librería á los sugetos que gusten adquirirlo

Cartas de Fígaro.

Sátiras de varios autores.

Derecho Real de España por Alvarez, dos tom en 4.º á 44 rs. en rústica, 52 en pasta, y 46 en u tomo tambien en pasta.

El dogma de los hombres libres, ó las Palab de un Creyente: un tomo en 8.º á 10 reales.

Respuesta de un Cristiano á las Palabras de u Creyente: un tomo en 8.º á 10 reales.

Año
de
1837.

Capitania
general de
Castilla la vieja

Damian Cantavieja

3 0112 115877380